

MEMORIAS VIVAS Y CIMENTOS DE LIBERTAD EN POPAYÁN

Coordinador

Jesús Iván Sánchez Sánchez

Investigadores y coautores

Jenny Carolina Miranda Caicedo

María Camila Muñoz Pino

Ana María Fernández Oviedo

Juliana Daniela Ojeda Paz

Helen Alexandra Perugache Gavilanez

Daniel Eduardo Perafan Bastidas

Jose Fernando Parra

Ilustración

Santiago Paz



POPAYÁN



SECRETARÍA DE CULTURA



FUNDACIÓN UNIVERSITARIA DE POPAYÁN



MEMORIAS VIVAS Y CIMIENTOS DE LIBERTAD EN POPAYÁN

Coordinador

Jesús Iván Sánchez Sánchez

Investigadores y Coautores

Jenny Carolina Miranda Caicedo
María Camila Muñoz Pino
Ana María Fernández Oviedo
Juliana Daniela Ojeda Paz
Helen Alexandra Perugache Gavilanez
Daniel Eduardo Perafán Bastidas
Jose Fernando Parra

Gestores, Maestros y Artistas

María Mónica Tovar Mauna
Cálmese Banda Brava
Diego Hernán Garcés Villota
Familia Perugache Gavilanez
José Raúl Ordóñez Guerrero
Walter Felipe Meneses Torres
Marisol Jaramillo Arias
Néstor Montenegro Guzmán
Jorge Enrique Realpe e hijo Carlos Julio Realpe
Elvio Cáceres
Sonia María Acosta
María Alba Basante Mora (Sastrería López)

Editor

Jorge Iván Meléndez Gómez

Diseño y Diagramación

Ana María Fernández Oviedo

Ilustración

Santiago Paz

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

2024

MEMORIAS VIVAS Y CIMIENTOS DE LIBERTAD EN POPAYÁN

Coordinador

Jesús Iván Sánchez Sánchez

Investigadores y Coautores

Jenny Carolina Miranda Caicedo
María Camila Muñoz Pino
Ana María Fernández Oviedo
Juliana Daniela Ojeda Paz
Helen Alexandra Perugache Gavilanez
Daniel Eduardo Perafan Bastidas
Jose Fernando Parra

Ilustración

Santiago Paz

2024



POPAYÁN



SECRETARÍA
DE CULTURA



Contenido:

Agradecimientos.....	5
Introducción.....	6
Maestra Cocinera: María Monica Tovar Mauna.....	9
Maestro Luthier y Músico Chirimero:Walter Felipe Meneses Torres.....	10
Músicos: Cálmesa Banda Brava.....	13
Maestros Luthiers: Jorge Enrique Realpe e Hijo Carlos Realpe.....	14
Maestro Tornero: Diego Héran Garcés Villota.....	17
Maestros de la Talla en Madera: Familia Perugache Gavilanez.....	18
Maestra de Danza: Marisol Jaramillo Arias.....	21
Maestro de Teatro: José Raúl Ordóñez Guerrero.....	22
Empresario: Néstor Montenegro Guzmán.....	25
Maestro y Poeta: Elvio Cáceres.....	26
Maestra Artesana y Tejedora: Sonía María Acosta.....	29
Maestros: Sastrería López.....	30
Cimientos de Libertad: Historias de la Independencia narradas desde la Arquitectura por fuera del centro de Popayán.....	32
Hacienda Yambitará.....	35
Templo de La Jimena.....	36
Casa de Francisco Antonio de Ulloa.....	39
Hacienda Calibio.....	40
Hacienda La Ladera.....	43
Puente de Alto de Cauca (Puente del Viejo Cauca).....	44
Obelisco Conmemorativo de la Batalla del Bajo Palacé.....	47
Otras Historias/Otras Memorias El Puente del Antiguo Ferrocarril del Pacífico.....	48
Capillas Doctrineras de Poblazón y San Isidro.....	50
Bibliografía.....	51

Agradecimientos:

En este camino lleno de creatividad y esfuerzo, queremos expresar nuestro más profundo agradecimiento a quienes, con su talento y dedicación, han sido piezas fundamentales en la construcción de esta iniciativa. Nuestro reconocimiento inicial es para el **alcalde de Popayán, Juan Carlos Muñoz Bravo**, por su liderazgo y apoyo decidido al desarrollo de este proyecto, y para la **Secretaría de Cultura y Turismo de Popayán**, liderada por la **Dra. y Maestra de Vida Ofelia Castrillón**, por ser motores incansables de la promoción del arte y la cultura. A todo el equipo de la Secretaría, gracias por su compromiso, profesionalismo y pasión, que permitieron que cada detalle de esta propuesta se materializara con éxito.

Agradecemos también a la **Fundación Universitaria de Popayán**, a la **Licenciatura en Educación Artística** y al **Grupo de Investigación Yacimientos**, por su contribución académica y cultural, pilares esenciales en este proceso de construcción colectiva. A **María Mónica Tovar Mauna**, maestra cocinera cuya sabiduría preserva los sabores y saberes que enriquecen nuestra identidad, y a **Walter Felipe Meneses Torres**, maestro luthier y músico chirimero, por su dedicación a la enseñanza y la continuidad de tradiciones sonoras únicas.

A **Cálmesa Banda Brava**, un grupo musical que con su energía y creatividad ha dejado huella en nuestra comunidad, y a los maestros luthiers **Jorge Enrique Realpe** y su hijo **Carlos Realpe**, cuyas manos hábiles transforman la madera en instrumentos que dan vida a nuestra música.

Reconocemos con gratitud el trabajo de **Diego**

Hernán Garcés Villota, maestro tornero, y de la **Familia Perugache Gavilanes**, maestros de la talla en madera, quienes con su trabajo mezclan destreza, arte y tradición. A **Marisol Jaramillo Arias**, maestra de danza, gracias por hacer que cada movimiento cuente historias llenas de significado, y a **José Raúl Ordóñez Guerrero**, maestro de teatro, por su capacidad de transformar escenarios en universos que reflejan nuestra realidad. A **Néstor Montenegro Guzmán**, empresario visionario, extendemos nuestro agradecimiento por su apoyo para impulsar el desarrollo cultural y económico de nuestra región, y a **Elvio Cáceres**, maestro y poeta, por dar voz a los sentimientos profundos de nuestra comunidad.

Nuestro agradecimiento especial a **Sonia María Acosta**, maestra artesana y tejedora, y a **María Alba Basante Mora**, de la **Sastrería López**, por sus manos creativas que entrelazan tradición e innovación, dando vida a piezas únicas que preservan y exaltan nuestra herencia cultural. A todos los artistas, gestores y colectivos que han aportado sus talentos, voces y corazones, les expresamos nuestra gratitud infinita. Su dedicación ha sido el corazón de esta iniciativa y su legado iluminará el camino para las generaciones futuras.

Gracias por recordarnos que el arte, la educación y la cultura no solo preservan nuestra esencia, sino que también construyen un mañana lleno de esperanza, creatividad y unión. A cada uno de ustedes, nuestro más profundo reconocimiento por ser parte de esta historia compartida.

Introducción:

La memoria viva es una constelación en constante transformación, un entramado de significados que articula las prácticas, las resistencias y las aspiraciones de las comunidades. Más que un acto de evocación se presenta como un ejercicio dinámico que conecta las historias individuales y colectivas con sus contextos, territorios y horizontes. Este texto, concebido como un mapa de las memorias vivas y los patrimonios alternativos, nos invita a explorar los hilos que sostienen la riqueza cultural y las estrategias de resistencia en Popayán y sus alrededores. Cada memoria viva, aunque arraigada en lo local, encuentra eco en las luchas globales por la dignidad y la justicia. En Popayán, estas memorias se entretajan en oficios como el tejido, la alfarería o la música tradicional, cada uno de los cuales porta significados que trascienden su utilidad inmediata. El textil no solo es una técnica; es un lenguaje visual que narra historias de identidad y pertenencia. En cada puntada, se inscribe una relación con la tierra, una diversidad epistémica y ontológica que se comunica a través de patrones, colores y sensibilidades. Los patrimonios alternativos, lejos de ser reliquias del pasado, son sistemas vivos que implican modos de hacer, narrar y compartir saberes. La música de la chirimía no es solo un conjunto de sonidos; es una forma de resistencia y de construcción de comunidad. Los luthiers que fabrican los instrumentos, por ejemplo, transforman materiales en objetos cargados de memoria, vinculando generaciones a través de un acto creativo que combina lo funcional con lo simbólico.

El concepto de archivo cultural adquiere una nueva dimensión al integrarse en esta narrati-

va. No se trata de espacios estáticos donde se almacenan documentos, sino de redes dinámicas que conectan tiempos y territorios. Un archivo cultural puede ser un mercado, un río o un taller, cualquier espacio donde la memoria se active y se transforme en una experiencia compartida. Estos archivos vivos cuestionan las categorías tradicionales, posicionando la memoria como un proceso en constante renovación. Los lugares adquieren un significado especial en esta lógica. Espacios como la Hacienda Calibío o el Puente Viejo no solo son vestigios históricos; son escenarios donde se encuentran narrativas de poder, resistencia y renovación. En estos lugares, las marcas del pasado dialogan con las reinterpretaciones contemporáneas, desafiando las jerarquías de la historia oficial y afirmando la vigencia de las memorias locales.

La gastropolítica emerge como una manifestación tangible de esta memoria viva. Más allá de la mera subsistencia, estas prácticas culinarias son sistemas complejos de saberes que combinan observaciones del entorno, técnicas transmitidas por generaciones y relaciones espirituales con la naturaleza. El maíz, la papa, el maní y el ají, entendidos no solo como modelos de cultivos sino como actos políticos-culturales, ejemplifica esta integración, promoviendo una producción alimentaria que fortalece la cohesión social, celebra las identidades locales y respeta profundamente los ciclos naturales. Los sabedores, figuras centrales en esta narrativa, son más que transmisores de tradición. Actúan como mediadores entre tiempos y contextos, adaptando conocimientos ancestrales a las necesidades actuales.

En ellos, la memoria se encarna y se reinventa, ya sea en el gesto de un alfarero moldeando barro o en la palabra del poeta. Su rol como bibliotecas vivas como lo plantea el maestro Adolfo Albán Achinte no es solo preservar; es generar nuevas conexiones y resignificaciones. La dimensión ética de la memoria viva se centra en su capacidad para proponer una relación equilibrada con la vida. Diseñar desde una ética de corresponsabilidad implica entender la interdependencia entre las comunidades humanas, los ecosistemas y los sistemas culturales. Este enfoque se materializa en acciones como la recuperación de semillas autóctonas, la restauración de paisajes y la revitalización de festividades, todas ellas prácticas que refuerzan los lazos entre las personas y su entorno.

El texto aborda también los desafíos que enfrentan las memorias vivas en un mundo globalizado. La homogenización cultural, la explotación de recursos y los cambios climáticos son amenazas constantes, pero las comunidades responden con creatividad y resistencia. La resignificación de las fiestas populares es un ejemplo de cómo estas prácticas se adaptan, manteniendo su relevancia en contextos de transformación social. La conciencia histórica se presenta como un elemento clave para articular el pasado con el presente y el futuro. Este proceso, más que un ejercicio de recuperación lineal es un acto dialéctico que conecta los espacios de experiencia con los horizontes de expectativa. La historia, en este sentido, no es solo un relato de lo que fue, sino un marco para imaginar lo que puede ser. Cada acto de memoria se convierte así en una afirmación política, en una reivindicación de la capacidad de las comunidades para moldear su destino. La identidad, en este marco, es entendida como un proceso en constante negociación. Las comunidades no se limitan a recordar quiénes fueron; redefinen constantemente quiénes son y quiénes aspiran a ser. Este diálogo entre lo individual y lo colectivo, lo local y lo global, convierte a la memoria viva en una herramienta de

transformación, capaz de fortalecer la cohesión social y de generar nuevas formas de relacionarse con el mundo. La dimensión estética de la memoria viva también tiene un lugar destacado. En los rituales, los objetos y las prácticas, se manifiestan sensibilidades que van más allá de lo funcional, adentrándose en lo simbólico. Un tejido, por ejemplo, no solo protege; narra. Una canción no solo entretiene; conecta. Esta dimensión estética es intrínsecamente política, ya que reivindica la capacidad de las comunidades para definir sus propios términos de belleza y significado.

El diálogo intergeneracional aparece como una condición indispensable para la continuidad de estas memorias. La transmisión de saberes no es un proceso automático, sino un espacio de negociación donde las tensiones entre la tradición y la innovación encuentran su equilibrio. Este diálogo asegura que las memorias vivas no solo se mantengan, sino que sigan siendo relevantes en un mundo en constante cambio. Finalmente, el texto nos invita a reflexionar sobre el concepto de libertad desde la perspectiva de las memorias vivas. La libertad no es solo la ausencia de restricciones; es la capacidad de construir significados compartidos y de afirmar la diversidad frente a las imposiciones homogeneizadoras. Las memorias vivas, en este sentido, son cimientos de libertad porque permiten a las comunidades definir sus propios horizontes, construir relaciones más justas y celebrar la riqueza de sus diferencias. Esta investigación no es solo un ejercicio de interpretación; es un llamado a la acción. Al escuchar las voces que emergen de las memorias vivas, nos encontramos con un mundo en el que la historia no es un lastre, sino un motor para el cambio. Este texto es una invitación a participar en la revitalización de estos patrimonios, a reconocer su importancia y a trabajar por un futuro donde la memoria no solo sea preservada, sino activada como una herramienta para transformar la vida.

Jesús Iván Sánchez Sánchez

“El grano ancestral:
El alma del
maíz que une
generaciones”



Maestra Cocinera: María Monica Tovar Mauna

Me llamo María Mónica Tovar Mauna y nací en Popayán, Cauca, tierra de volcanes, ríos y maíz. Mi historia es una entre tantas que el maíz ha cocinado lentamente en esta región. Cada tortilla, cada envuelto y cada pedacito de carantanta que preparo lleva los secretos de mi familia y mi comunidad. Es como si el maíz hablara a través de nosotros, uniendo generaciones. Mi bisabuela Matilde Mauna, desplazada por la violencia hace más de 150 años, llegó a Cajete con el conocimiento ancestral del maíz. Solo tenía sus manos, un molino de piedra y una inmensa voluntad. Empezó a moler el maíz y a preparar tortillas, un alimento que nutría no solo el cuerpo, sino también el alma. Fue ella quien plantó la semilla de esta tradición en nuestra familia. Mi abuela Manuela continuó el legado, siempre con su cagüinga, esa espátula de madera que removía la masa en grandes pailones. Las tortillas de aquellos tiempos eran enormes, con un hueco en el centro que evocaba el volcán Puracé, protector de nuestras tierras.

Crecí viendo a mi mamá, Alicia, y a mis tías trabajar el maíz. Desde los 10 años observaba cómo amasaban en las bateas de madera y cocinaban al calor de hornos de leña que alcanzaban temperaturas altísimas. Aunque ya no se preparaban tantos productos como antes, las historias permanecían vivas. Aprendí de sus manos y de sus voces. Cada tortilla era más que comida; era un pedazo de historia, una conexión con nuestras raíces.

El maíz siempre ha sido el centro de todo. Este grano, remojado durante tres días y molido hasta tres veces, se transforma en masa para tortillas, envueltos y carantanta. Esta última, ese crujiente que queda pegado al fondo de la paila,

fue un descubrimiento accidental que pasó de ser un desecho a convertirse en un verdadero tesoro culinario del Cauca.

El pipián también es parte esencial de nuestra cultura. Esa mezcla de papa colorada, maní, ajo, cebolla y achiote representa el sabor de mi infancia. Lo usamos en tamales y empanadas, y también lo comemos con tortillas o arroz. Preparar pipián con mis tías Lucila y Josefina para las celebraciones de la comunidad siempre fue un acto de amor.

Hace doce años decidí dedicar mi vida a esta tradición. Con la comunidad, fundamos “La Ruta del Maíz” para compartir lo que este grano significa para nosotros. Este proyecto incluye la preparación de productos como tortillas y carantanta, además de turismo comunitario en cascadas y fincas cafeteras. Junto a mi familia, creamos el Centro de Memoria del Maíz, al que llamamos “Grano Ancestral”. Allí, queremos enseñar a niños y niñas sobre este legado, mostrando que cada grano de maíz lleva la fuerza de nuestras abuelas y la esperanza de las futuras generaciones.

A veces, mientras preparo la masa o mezclo los ingredientes, pienso en Matilde, en Manuela y en mi mamá Alicia. Sus manos moldearon mucho más que tortillas; moldearon nuestra comunidad, nuestra historia, nuestro ser. Hoy, como sexta generación de esta tradición, me siento orgullosa de ser guardiana del maíz. Porque, como decimos en Cajete: sin maíz, no hay país. Con mis manos y mi corazón, seguiré sazonando esta historia.

Grano Ancestral
MEMORIA, CULTURA Y TRADICIÓN
**CENTRO DE
MEMORIA
DEL
MAÍZ**

Maestro Luthier y Músico Chirimero: Walter Felipe Meneses Torres

En mi infancia, entre las calles de Popayán, el sonido de la chirimía siempre estaba presente. Las flautas de carrizo, las tamboras y las charrascas no eran solo instrumentos, eran voces familiares que hablaban de nuestra tierra y nuestras historias. Mi nombre es Walter Felipe Meneses Torres, y esta es la historia de cómo esos sonidos moldearon mi vida. Cuando tenía seis años, según me cuenta mi prima, me paraba en la puerta de la casa cada vez que escuchaba una chirimía pasar. Apenas llegaban las primeras notas, yo corría para unirme a los músicos, cargando con orgullo una tamborita que mi tío alfarero había hecho con sus manos. Él, además de moldear barro, reparaba ocarinas y fabricaba tamboras para niños. Fue mi primer maestro, junto con mi papá, quien silbaba melodías mientras trabajaba. Entre ambos me regalaron la música, no como un pasatiempo, sino como una herencia.

Había un personaje en Popayán llamado Chancaca, un flautista mulato que recorría las calles con su flauta de carrizo. Alegre y lleno de historias, nos decía “primitos” y pedía tocar con nosotros. Más tarde, cuando formé mi propia chirimía, decidí llamarla Chancaca, en su honor. Porque si algo me enseñó él, es que la chirimía no solo se escucha; se vive y se comparte. Aprender a tocar la chirimía no fue algo que hiciera sentado en un aula. Los músicos de mi generación aprendimos en la calle, caminando junto a los mayores, escuchando, repitiendo y volviendo a intentar. Nuestra escuela eran las procesiones, las fiestas patronales y las reuniones sociales. No había partituras, solo el oído, el corazón y la paciencia. Con el tiempo, entendí que la música no era suficiente. También quería crear los instrumentos con los que tocábamos. La muerte de Andrés Aurelio Chávez, un compañero chirimero y luthier, me llevó a la lutería. Sentí que

debía continuar su legado, así que aprendí con su hermano Víctor durante cinco años. Después, abrí mi propio taller en la casa materna, al que llamé “Chancaca”, como mi chirimía. Llevo más de 30 años fabricando instrumentos para la música de nuestra región. Construir instrumentos no es solo un oficio, es un arte que empieza mucho antes de tocar. Para las flautas de carrizo, por ejemplo, el material se corta siguiendo las fases de la luna, agradeciendo a la naturaleza. Pero el carrizo está en peligro; los páramos enfrentan sequías. Esto nos llevó a buscar alternativas como el bambú, el calabazo o incluso el PVC, para garantizar que los niños aprendan sin agotar los recursos.

En mi vida, enseñar ha sido tan importante como tocar. Cuando trabajé con niños en el colegio Maravillas Infantiles, desarrollé un método numérico para enseñarles a tocar flauta. Grabábamos melodías en cassettes, y ellos las seguían con entusiasmo. Esos momentos me recordaron que la chirimía no es solo tradición; es también futuro. La chirimía ha sido mi vida, pero también mi lucha. En Popayán, hemos enfrentado años de invisibilización y falta de apoyo. A pesar de ello, logramos maravillas. Con “Juventud Caucana” fuimos la primera chirimía en sonar en el Festival Mono Núñez, un espacio reservado para otras músicas andinas. Ver a mujeres y niños sumarse al movimiento chirimero me llena de esperanza. Ahora hay chirimías formadas solo por mujeres, como Las Jolgoriosas, algo que antes era impensable. Mis composiciones nacen de montañas, ríos y cantos de pájaros. “La Travesía”, una de mis piezas más queridas, rinde homenaje a los mayores que caminaban horas para llegar a Popayán con sus agrupaciones. Y como decimos los chirimeros, **¡que viva la chirimía y su alegre rebeldía!**

“Cada nota de la chirimía cuenta, con el viento, la historia de nuestra tierra.”





Músicos: Cálmesse Banda Brava

Nos llaman Cálmesse Banda Brava, pero no siempre fue así. Al principio éramos solo tres amigos con guitarras y sueños. En las calles de Popayán, entre las paredes blancas del centro histórico y las aulas de la universidad, nos conocimos, nos hicimos amigos y escribimos nuestra música. Éramos Luis Bernardo Hurtado, Andrés Quiñones y Pocho Apraes, unidos por el amor a los sonidos que hacen mover los pies y liberan el alma. Ska, reggae, salsa y un toque de bolero se mezclaron con risas, ritmos y rabia. Así nació nuestra aventura. En un concierto universitario, sin nombre ni presentación, alguien en el público gritó: “¡Cálmesse, cálmesse!”. Esa palabra, que comenzó como un chiste interno, se convirtió en nuestro nombre. “Cálmesse” dejó de ser una broma para transformarse en un llamado: encontrar calma en medio del caos. Más tarde añadimos “Banda Brava”, un nombre que reflejaba nuestra mezcla de serenidad y energía. Así nacimos como Cálmesse Banda Brava, un grito que resonaba con fuerza: ¡Mantengan la calma! El ska llegó a nosotros como un viejo amigo que no sabíamos que estábamos esperando. Ese ritmo vibrante y contagioso se convirtió en nuestra voz para expresar lo que duele, lo que indigna y lo que debe transformarse. Así nacieron canciones como No es lo mismo, donde levantamos la voz contra las desigualdades y los abusos. Cantamos por el agua limpia, por tierras para sembrar y por un mundo más justo. En Fuego Fuego proclamamos: “¿Qué se necesita para hacer una revolución? Menos odio, más unión”.

Nuestra música necesitaba algo especial. Las máscaras llegaron casi por casualidad. Un amigo trajo unas desde México, de luchadores de lucha libre, y las usamos en un concierto. Todo cambió. Detrás de las máscaras dejamos de ser solo nosotros. Nos transformamos en luchadores que llevan un men-

saje con cada nota. En esos momentos vivimos lo que cantamos en Mi resistencia: “Siempre despiertos, con los ojos bien abiertos, porque en la calle todo puede pasar”. Las máscaras son más que un disfraz. Son un tributo a los verdaderos luchadores: campesinos, trabajadores y desplazados. Diseñadas con colores y símbolos del Cauca, representan nuestras raíces y nuestra misión. Nos recuerdan por qué hacemos música, nos hace sentir superhéroes enmascarados. Porque detrás de ellas, no somos solo Luis, Andrés, Jhony, José, Julián, Luiyi, Daniel y Andrés. Cantamos por los que no pueden gritar, llevando el mensaje del Poder Obrero: “Hablemos de los de abajo, los que luchan día a día, en las galerías, en las calles, en cada esquina”.

Nuestra historia está entrelazada con los movimientos estudiantiles. En marchas y plantones, nuestra música ha sido su banda sonora. Creemos que los músicos tienen una responsabilidad: nuestras letras son herramientas para inspirar cambios y abrir los ojos. Canciones como Soplayán cuentan historias de juventud y resistencia, para que nadie olvide lo vivido. La pandemia detuvo los conciertos, pero no la música. Desde nuestras casas, grabamos y escribimos, y nuestras canciones viajaron a México, Argentina y España. Saber que lo que hacemos en Popayán llega tan lejos nos llena de gratitud. Hacemos música porque creemos en su poder transformador. El arte, la cultura y la creatividad son esenciales para nuestras comunidades. Por eso, a los niños y jóvenes que sueñan con formar una banda, les decimos: sueñen en grande. No será fácil, pero si hacen lo que aman, encontrarán el camino. Cálmesse Banda Brava es más que una banda. Es un llamado, un grito de esperanza, una invitación a bailar, resistir y soñar. Y cuando el mundo parezca un caos, recuerden siempre: **¡Mantengan la calma!**

Maestros Luthiers:

Jorge Enrique Realpe E Hijo Carlos Realpe

Nosotros, Jorge Enrique Realpe y mi hijo Carlos Realpe, somos luthieres, creadores de instrumentos, y aquí, en nuestro taller del barrio Los Comuneros de Popayán, transformamos la madera en música. Cedro, granadillo, urapán: cada pieza pasa por nuestras manos para convertirse en guitarras, requintos y charangos. Este taller no es solo un lugar de trabajo, es el hogar de un legado que lleva generaciones. Yo, Jorge, aprendí este oficio a los dieciocho años. Mi madre me sugirió dejar la construcción, demasiado dura, y unirme a mi padre y a mi tío Marcos. Al principio, apenas me dejaban lijar y lacar. Todo se hacía a mano, con una paciencia que se aprendía con el tiempo. Mi primera guitarra, recuerdo, la vendí por cien pesos. Era poco, pero suficiente para saber que esto era lo mío. Carlos creció rodeado de este ambiente. De niño, jugaba con los trozos de madera en el taller de su abuelo, sin saber que esas experiencias lo estaban moldeando. Aunque estudió administración de empresas, siempre sintió el llamado de la lutería. Ahora trabajamos juntos. Él es mi aprendiz en el oficio, pero también mi maestro en otros aspectos. Carlos me impulsa a modernizar el taller, a enfrentar la competencia de las guitarras industriales. Su entusiasmo mantiene vivo este arte.

Nuestro taller, al principio, estaba en la casa paterna, bajo el liderazgo de mi padre Julio. Tras su fallecimiento, las diferencias entre los hermanos nos llevaron a separarnos. Con Carlos, comenzamos desde cero en un espacio propio. Construimos nuestras mesas de trabajo, adquirimos herramientas y aprendimos nuevas técnicas, como pintar con compresor. Todo fue un proceso de prueba y error, pero logramos salir adelante. Hacer una guitarra no es tarea rápida. Todo comienza con la madera, que debe selec-

cionarse cuidadosamente. Cedro Caquetá, comino crespo y urapán son nuestras preferidas. Cada pieza se corta, se pule y se moldea con dedicación. Yo me ocupo de las incrustaciones y los detalles, aunque mi mano derecha ya no es la misma de antes. Años de trabajo manual con lacas me han pasado factura, pero no dejo que eso me detenga. Carlos, por su parte, maneja la pintura y la tecnología. Él nos ha dado visibilidad en redes sociales y ha modernizado algunos procesos. Sin embargo, nos mantenemos fieles a nuestra esencia: nuestros instrumentos son de madera maciza, no de triplex como los fabricados en masa. Los músicos lo notan. Vienen de Bogotá, Medellín y hasta de otros países buscando calidad y autenticidad.

Recuerdo cuando un joven holandés llegó al taller recomendado por otros músicos. Quería algo único, hecho por nuestras manos. Mientras fabricábamos su guitarra, él se fue de gira por Perú y volvió para recogerla. Historias como esta nos llenan de orgullo. Más que el dinero, valoramos el reconocimiento de nuestros instrumentos como acompañantes de los músicos. A pesar de la falta de apoyo y el desinterés juvenil, seguimos adelante, transformando madera en arte y sanación. Enseñar y preservar este oficio es nuestra misión, pues encierra la identidad y la historia de nuestro pueblo.

“La lutería no solo da vida a la madera, sino que sana el alma, construye identidad y deja un legado; trabaja por la creación, la salud mental y la trascendencia, más que por el dinero.”





“Manos que tornean historias”

M Maestro Tornero: Diego Hernán Garcés Villota

Mi nombre es Diego Hernán Garcés Villota, nací el 7 de septiembre de 1948 en Popayán, Cauca, una ciudad moldeada por el barro y las manos de los alfareros. Durante más de 65 años he vivido con las manos cubiertas de arcilla, trabajando el torno, ese arte que aprendí observando a mi abuelo Leopoldo Villota y a mi padre Lubino Garcés Bucheli. Ellos heredaron este saber de generaciones pasadas, y yo, como niño curioso, aprendí cada movimiento y cada historia que giraba en torno al barro. Nuestro taller, en el barrio El Empedrado, era mágico. En aquellos días, Popayán tenía cerca de 80 talleres de cerámica, pero el nuestra era especial. Allí trabajábamos en familia, junto a obreros y algunos hombres que, desde la cárcel, eran llevados al taller por buena conducta para aprender un oficio. Les ofrecíamos una segunda oportunidad, y el barro parecía tener un poder especial: moldeaba sus manos y, poco a poco, también sus vidas. Mi abuelo, experto en esmaltes y quemas, me enseñó a preparar el horno, acomodar las piezas y alimentar el fuego con leña. Pero mi verdadera fascinación siempre fue el torno. El torno, una rueda giratoria donde el barro cobra vida, requiere paciencia, precisión y amor. Mi padre me decía: “Primero mire, mire bien. Cuando crea que está listo, súbase al torno.” Después de mucho observar, le dije un día: “Mañana voy al torno.” Fue el inicio de un amor eterno. A los 15 años comencé a crear juguetes de barro para niños. Aunque mi padre falleció joven, a los 43 años, su legado me motivó a seguir. Él y mi abuelo eran reconocidos por su arte, y yo sentía la responsabilidad de mantener viva esta tradición.

A lo largo de mi vida, el torno me llevó a lugares inesperados. Trabajé en la Hacienda Belalcázar con Luz Valencia, hija del poeta Guillermo Valen-

cia, y expuse piezas en el Museo de Bellas Artes en Bogotá, algunas de las cuales llegaron hasta España. Enseñé en municipios como Totoró y Puracé, compartiendo el conocimiento que heredé. Uno de los momentos más importantes fue reemplazar al maestro Payán en el Colegio Mayor del Cauca, donde enseñé por 24 años. Aunque no logré pensionarme, esos años dejaron una marca profunda en mí y en mis estudiantes. En 2014, me uní a la Fundación Universitaria de Popayán para fundar su taller de cerámica. Formé nuevas generaciones en programas de Licenciatura en Educación Artística. Más tarde, participé en el semillero de investigación “Yacimientos”, dedicado a rescatar la memoria de la cerámica en el Cauca. Estos encuentros no solo celebraron mi trabajo, sino que ayudaron a consolidar una comunidad comprometida con este arte. El torno también me permitió trabajar con niños, jóvenes y personas con discapacidad visual, brindándoles una experiencia única.

A través del barro conecto a las personas con el presente, despertando creatividad más allá de lo visual. He enseñado a construir hornos tradicionales y contribuí a la reconstrucción de la ciudad tras el terremoto de 1983. Mi familia dejó su marca en la Semana Santa de Popayán, creando los pebeteros de las sahumadoras. Ahora, sueño con abrir un taller donde los niños aprendan a torneer, sentir el barro y escuchar sus historias. El torno es un puente entre generaciones, donde mis recuerdos y las lecciones de quienes me precedieron cobran vida. Como digo: “El barro no olvida”. Esta es mi historia.

Juliana Daniela Ojeda Paz
Docente e investigadora
Fundación Universitaria de Popayán

Maestros de la Talla en Madera: Familia Perugache Gavilanez

El taller de mi familia no es solo un lugar de trabajo; es el corazón de nuestra casa, donde la madera cobra vida y cuenta historias. Todo comenzó con mi papá, Edgar Raúl Perugache. Aunque nació en Colombia, su amor por el arte floreció en San Antonio de Ibarra, Ecuador, un lugar donde cada golpe de mazo es poesía. Desde pequeño, sentía fascinación por las herramientas que sus manos aún no podían manejar. Comenzó tallando formas simples y, poco a poco, creó figuras llenas de emoción. Su sueño siempre ha sido ser el mejor del mundo, y esa pasión ha guiado su vida. Con 46 años, papá es un maestro en su oficio. Su obra más grande, un Cristo de tres metros, no solo es imponente, sino también un reflejo de su dedicación. Sus cicatrices, que lleva con orgullo, cuentan las historias de su aprendizaje. Cada gubiaso en sus obras es parte de él, un testimonio de amor por el arte. “El arte no solo se ve, se siente al hacerlo”, dice con frecuencia. Y eso es lo que transmite en cada pieza que crea. Si mi papá es el corazón del taller, mi mamá, María Sandra Gavilanez, es su alma. Nacida en Ibarra Ecuador, comparte su vida y pasión por el arte. No solo pinta las esculturas de papá, sino que les da vida con sus pinceles y una mirada que encuentra belleza en cada detalle. Mientras trabaja, canta, llenando el taller de alegría. Ella nos enseña que el arte no necesita ser perfecto, solo honesto. Cada pincelada suya es un relato lleno de emoción y dedicación. Yo soy Helen, la mayor. Crecí rodeada de herramientas y madera, aprendiendo a tallar desde niña. Mi primera obra importante fue un rostro de Cristo a los 14 años. Aunque no era perfecta, me conectó con algo más grande: las generaciones pasadas de nuestra familia. Decidí estudiar diseño para aportar algo nuevo al taller. Ahora, cada vez que diseño o tallo, siento que continúo nuestra historia. Compartir el legado de mi familia en mis clases me llena de orgullo.

Mi hermano Miguel Ángel, más reservado que yo, tiene un talento excepcional. Desde niño mostró interés en la escultura, y ahora, con 22 años, sus obras tienen una profundidad emocional que asombra. Papá siempre fue más exigente con él, pero eso lo fortaleció. Sus Cristos parecen cobrar vida y conmueven a quienes los ven. Aunque está en la policía, sigue esculpiendo y llevando consigo el espíritu del taller. Mi hermana menor, Melani, tiene una relación especial con el arte. Aunque de niña se alejó del taller tras un accidente, a los 16 años regresó con determinación. Su primer cuadro, “La Virgen del Carmen”, le tomó tres años, pero marcó el inicio de su camino como pintora. Ahora, sus cuadros llenan nuestra casa de colores y emociones, reflejando su mundo interior. Pintar es su forma de narrar lo que siente, y cada obra lleva un mensaje profundo. El taller, en el barrio Yanaconas, es más que un espacio físico. Es donde aprendemos, trabajamos y compartimos. Cada día comienza con el aroma del café de mamá y termina con nuestras manos llenas de polvo y pintura. Papá dice que no hay límites cuando se trabaja con pasión, y eso es lo que define nuestra familia. Entre sus manos marcadas por el trabajo, los pinceles mágicos de mamá, las esculturas de Miguel Ángel y los cuadros de Melani, el taller Raúl Perugache es un símbolo de amor, perseverancia y tradición. Estamos orgullosos de lo que hacemos. Nuestras obras son más que madera y pintura; son nuestra historia, nuestra conexión con el pasado y nuestro regalo para el futuro. Aquí, en este rincón de Popayán, seguimos transformando sueños en realidad.

Helen Alexandra Perugache Gavilanez
Universidad del Cauca

*“Cada corte en la madera
guarda un sueño, y en nuestro
taller esos sueños cobran vida”.*



“En la tarima, la danza me transforma, llena mis vacíos y se convierte en la expresión más pura de mi ser.”



Maestra de Danza: Marisol Jaramillo Arias

Cuando era pequeña, la música y la danza llenaban mi mundo como el canto de aves sobre las montañas. Soy Marisol Jaramillo Arias, nacida en Armenia, pero payanesa de corazón. Crecí entre melodías y movimientos. Mi casa vibraba con el sonido de un tocadiscos que giraba al compás de la melodía de Marta, la Reina. Improvisaba escenarios junto a un asiento verde, mi primer compañero de baile. Mi mamá cantaba con la dulzura de una cuerda bien afinada, mientras mi hermano golpeaba acordes en su guitarra empírica. Así descubrí que la danza y la música eran más que arte: eran parte de mi vida. Frente a un espejo, mi maestro silencioso, aprendí a perfeccionar mis pasos. A los siete años, conocí a María Fornaro, una destacada maestra, quien me enseñó ballet clásico y descubrió en mí una elasticidad natural que, a pesar de mi cuerpo robusto, podía convertir en arte. También encontré el flamenco gracias a Sor Concepción Ramírez, una monja española que me mostró el poder del zapateo y las castañuelas. Aunque amé el ballet y el flamenco, las danzas colombianas siempre fueron mi refugio, el eco de los ríos y montañas que llevo en el alma.

El arte estaba en mi sangre. Mi mamá cantaba y declamaba poesía, mientras mi hermana escribía y mi hermano componía canciones. En las noches, mi hogar era un escenario donde los arrieros acompañaban sus relatos con tiples y bandolas. Aprendí que el arte no solo se crea, también se hereda y se comparte. A los trece años, comencé a enseñar danza en el colegio San José de Tarbes. Dirigí izadas de bandera y presentaciones escolares, sembrando en otros el amor por la danza. Más tarde, fundé el grupo de danza del Sena, donde me convertí en la primera docente de este arte. La danza me lle-

vó por caminos inesperados, convirtiéndose en mi refugio durante momentos difíciles. Al estudiar psicología, comprendí cómo las emociones impactan el cuerpo. Descubrí la biodanza terapéutica, que combina música y movimiento para sanar el alma. Cada paso es un lenguaje, cada giro una forma de conectar con la vida. En el Orfeón Popular Obrero de Popayán encontré mi hogar artístico. Allí, durante más de cuarenta años, he trabajado con niños, jóvenes y adultos mayores, tejiendo puentes entre generaciones. Una de mis memorias favoritas es la de mi hijo menor, José Brando, bailando junto a Marina, una mujer de 75 años. Sus movimientos simbolizaban la unión de pasado y futuro.

En el Orfeón hemos contado historias de nuestra tierra. La siembra del café en el Quindío, la magia de la Semana Santa en Popayán y la mollienda de caña en los trapiches del Cauca han cobrado vida en nuestras estampas. Las danzas y la música colombiana es un mosaico de ritmos que he llevado al mundo con orgullo, desde el currulao del Pacífico hasta el joropo llanero. Cada aplauso reafirma el poder de nuestras historias. Aunque los artistas enfrentamos falta de apoyo, nuestra pasión nos impulsa. Enseñar a niños y niñas ha sido transformador; la danza les brinda disciplina, confianza y conexión con sus raíces. Sueño con un país donde el arte sea esencial en la educación, donde las nuevas generaciones valoren sus tradiciones. Mi vida ha sido un baile constante, y mi legado será mantener vivas nuestras historias a través del movimiento.

Maestro de Teatro: José Raúl Ordóñez Guerrero

Yo soy José Raúl Ordóñez Guerrero, nacido en Bogotá, pero formado como artista en los caminos de Popayán y Cali, entre la magia del teatro y el compromiso de enseñar a niños, niñas y jóvenes que las historias pueden cambiar el mundo. Mi viaje en el teatro comenzó con juegos escolares, pequeños sketches llenos de improvisación y risas. Pero fue un día, durante unas vacaciones en Bogotá, cuando vi Guadalupe años 50 del grupo La Candelaria, que descubrí el poder transformador del teatro. No era solo diversión; era un espejo de nuestras luchas, sueños y verdades. Estudié en Cali durante el auge del Movimiento Nuevo Teatro Colombiano, liderado por Enrique Buenaventura y Santiago García. Enrique, desde el Teatro Experimental de Cali (TEC), enseñó que el teatro debía educar y generar conciencia, mientras Santiago, con La Candelaria, llevó nuestras historias al escenario. Ambos nos mostraron que nuestras historias, raíces y vivencias eran el material más valioso para crear arte.

En la Universidad del Valle, aprendí que el teatro es más que actuar. La creación colectiva nos hacía dramaturgos e investigadores. Obras como Soldados, sobre la masacre de las bananeras, nacieron de este método, donde cada actor contribuía con improvisaciones y estudios de la realidad. Allí entendí que el teatro colombiano, aunque joven, es profundamente poderoso al narrar nuestras historias. Regresé a Popayán lleno de sueños. Durante casi quince años dirigí el Centro Cultural Bolívar, donde formamos un grupo de teatro universitario que se convirtió en semillero de jóvenes artistas. Uno de los proyectos más significativos fue La Encarnación 1609, basada en un oscuro episodio de la historia colonial de la ciudad. Presentada en el convento

donde ocurrieron los hechos, combinamos tecnología con el encanto del teatro medieval, dando vida a las voces del pasado.

El teatro me ha llevado a explorar nuevos formatos. Durante la pandemia, cuando los escenarios cerraron, hicimos radioteatro. En una de esas obras, narramos la relación entre osos y campesinos, reflexionando sobre el impacto humano en la naturaleza. Fue emocionante descubrir cómo las historias pueden viajar a través de las ondas sonoras. Enseñar teatro ha sido una de mis mayores pasiones. Con los niños, les mostré que actuar es un juego que les permite ser héroes, villanas o soñadores. Con los universitarios, exploramos cómo las obras pueden dialogar con las problemáticas sociales, convirtiendo el escenario en un laboratorio de ideas. A través del teatro, aprendieron a cuestionar el mundo y a crear con propósito. En lugares como Popayán, donde los recursos para el arte son escasos, el teatro es un acto de resistencia. Es un espacio donde los sueños se vuelven realidad y las historias nos conectan. A ustedes, niños y jóvenes, les digo: el teatro es para todos. En él, pueden inventar mundos, contar historias y descubrir quiénes son.

Es esencial que el teatro regrese a las escuelas. No solo forma actores, sino ciudadanos sensibles y creativos. Enseña que las historias tienen el poder de hacernos reír, llorar y, sobre todo, pensar. El teatro me ha enseñado que podemos cambiar el mundo con historias. Así que, si sienten curiosidad, suban al escenario o siéntense en el público. Porque en cada uno de nosotros hay un poco de drama, de comedia y mucho por contar.



“El teatro es un espejo que transforma historias en sueños y sueños en posibilidades”

“La perseverancia y la calidad son el corazón de Productos Los Comuneros; mantener nuestras raíces en el Cauca y compartir el sabor de Popayán es nuestra mayor herencia.”



Empresario: Néstor Montenegro Guzmán

La historia de Productos Los Comuneros nació en el corazón del barrio Comuneros en Popayán, entre las manos trabajadoras de mis padres, Silvio Montenegro y Gloria Guzmán. Con más sueños que recursos, transformaron la necesidad en oportunidad. Inspirado por un primo que vendía papas fritas, mi padre decidió iniciar su propio negocio. En nuestra cocina, con cuchillos y ollas, dieron forma al proyecto que hoy es parte del patrimonio gastronómico de nuestra ciudad. El aroma del aceite y las papas recién fritas llenaba el aire mientras mis hermanos y yo aprendíamos el valor del esfuerzo. El barrio Comuneros no solo fue nuestro hogar, sino también el corazón del negocio. Sin dinero para alquilar un espacio, aquí encontramos el aliento de los vecinos, quienes hicieron de la empresa un punto de encuentro. Así, lo que comenzó como un pequeño negocio familiar se convirtió en un símbolo de unidad comunitaria. Con el tiempo, pasamos de procesos manuales a maquinaria moderna, sin perder el toque artesanal que nos distingue. La pandemia trajo uno de los mayores retos. La escasez de insumos nos obligó a detenernos, pero retomamos con la misma fuerza y compromiso que caracterizó a mis padres. Hoy, Productos Los Comuneros genera empleo para diez personas directamente y más de veinte indirectamente, fortaleciendo la economía local y apoyando a muchas familias. Cada colaborador es parte de nuestra familia extendida, un pilar fundamental en el crecimiento de nuestra empresa.

Nuestras papas picadas y patacones no son solo snacks; son un reflejo de Popayán. Cada paquete lleva la esencia de la ciudad, convirtiéndose en un acompañamiento esencial en reuniones, fiestas y meriendas. A través de pequeñas ac-

ciones, hemos reforzado nuestra conexión con la comunidad, apoyando actividades escolares y eventos locales. Este compromiso con el barrio Comuneros y sus alrededores ha sido clave para nuestro éxito. Un momento curioso fue cuando nuestras papas se volvieron virales en un meme que las llamaba “papas pobres”. Lo que pudo ser negativo se convirtió en una oportunidad para destacar nuestra autenticidad. Este episodio llevó nuestro nombre más allá de las fronteras locales, demostrando que lo genuino siempre encuentra su espacio en el corazón de las personas. Antes de la pandemia, comenzamos un proyecto para lanzar papas con sabores innovadores. Aunque las normativas retrasaron el plan, estamos listos para retomarlo y expandirnos a nivel nacional. Queremos que más personas disfruten de nuestras papas y descubran la historia detrás de cada paquete. Este sueño está respaldado por nuestro compromiso con la calidad. Con una calificación de 93 puntos del INVIMA (Instituto Nacional de Vigilancia de Medicamentos y Alimentos), aseguramos que cada etapa, desde el corte hasta el empaque, cumpla con los más altos estándares. El mensaje de Productos Los Comuneros es claro: invierte en el Cauca, quédate en el Cauca, y todos crecemos. Cada paquete que vendemos no solo apoya nuestra empresa, sino que también impulsa la economía local, desde los agricultores hasta los distribuidores. Nuestro legado es de raíces profundas y perseverancia. Aspiramos a inspirar a otros a seguir sus sueños, valorando las tradiciones y superando las adversidades. Con la pasión heredada de mis padres, llevamos el sabor de Popayán al mundo, honrando nuestras raíces y soñando con un futuro brillante.

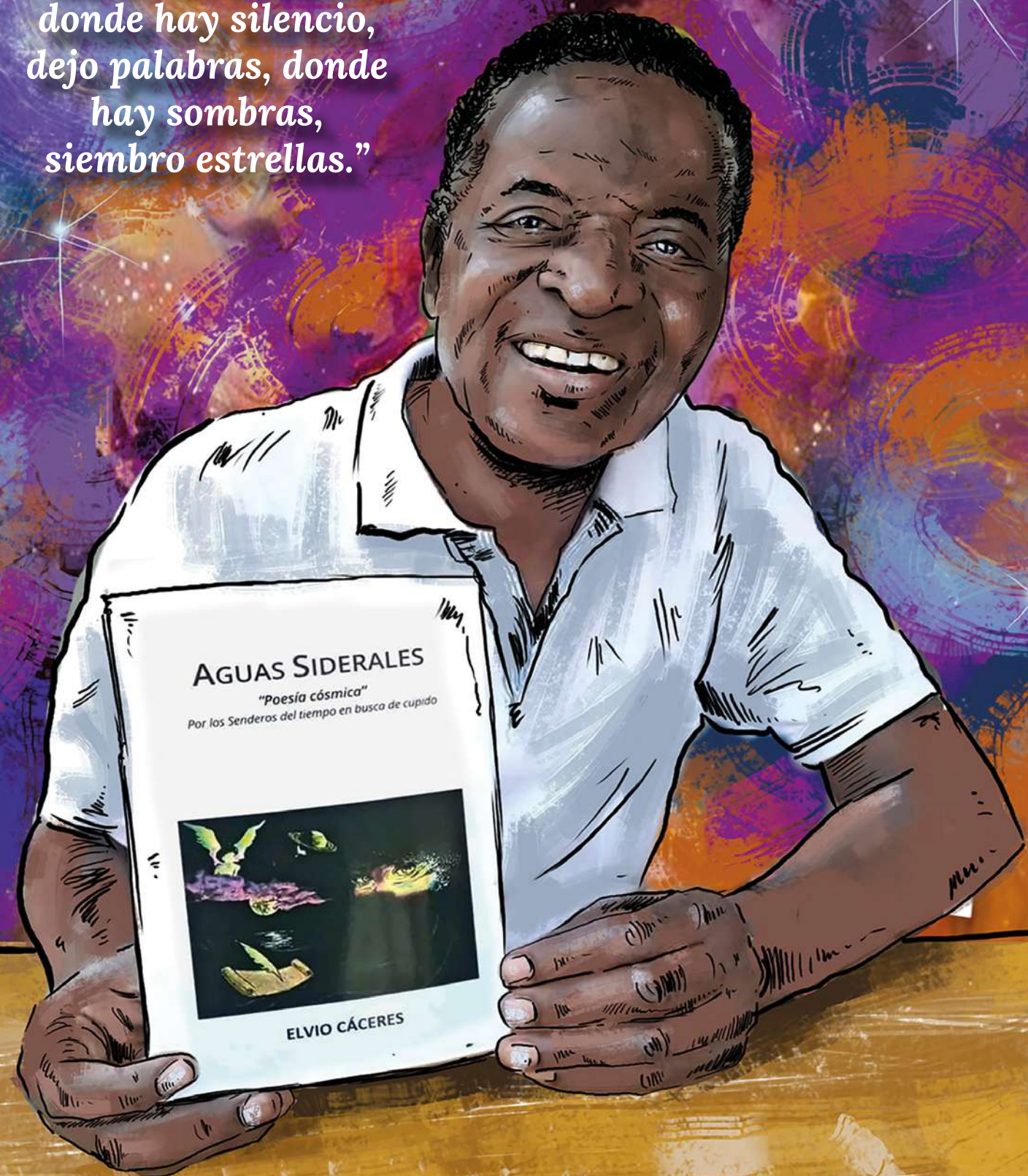
Maestro Poeta: Elvio Cáceres

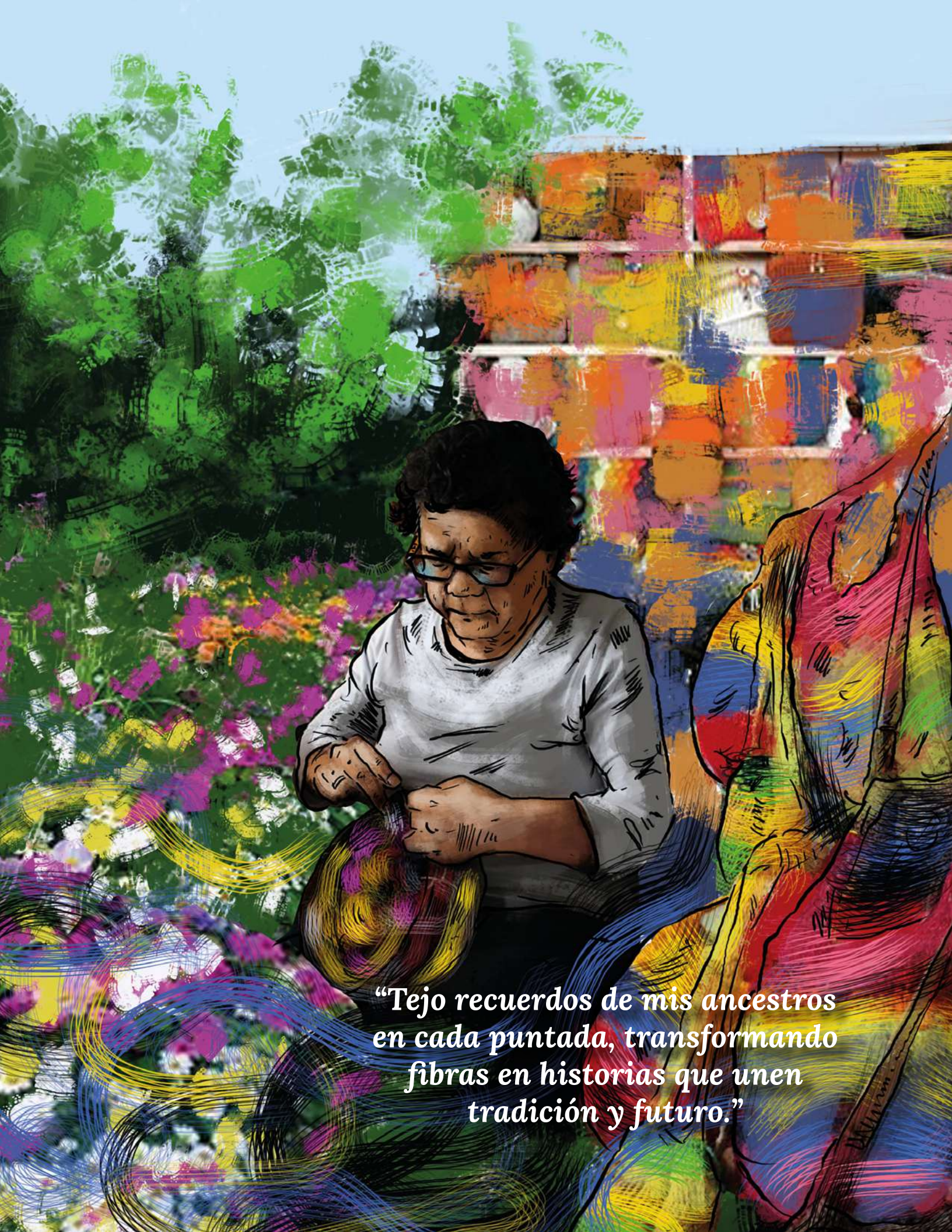
Mi nombre es Elvio Cáceres. Es el que me dio mi madre, y es con su apellido que firmo mis poemas. Mi padre se fue cuando yo era un niño, y aunque su ausencia fue un vacío, mi madre llenó mi vida con canciones. Ella cantaba como si en cada nota tejiera historias, y yo soñaba con ser cantante, con componer canciones. Pero fue la poesía la que me encontró, como un río que llega al mar sin saberlo. De niño escribía versos por una melcocha, una banana, cualquier cosa. Los poemas eran oficios de infancia, simples encargos para novias o amigos. No recuerdo mi primer poema, pero sí el primero que leí: Rin Rin Renacuajo. Al principio parecía un juego, pero al mirarlo más profundamente, vi su crueldad, su verdad. La poesía es eso, una mezcla de ternura y dolor, como la vida misma.

Soy payanés, aunque mi sangre lleva los ríos de Barbacoas y Tumaco. Mis raíces son afrodescendientes, pero mi idiosincrasia está hecha de las calles blancas y las noches negras de Popayán. Desde aquí, he escrito mi vida en fragmentos, versos que se guardan en servilletas o papeles encontrados en la calle. Escribo donde puedo, mientras camino por el parque Caldas o me detengo en la galería Alfonso López a tomar un café. Mis poemas nacen en los bordes del día, en el roce de la cotidianidad con el cosmos. He escrito sobre Popayán como ajedrez, con sus calles negras y sus muros blancos. De esa visión nació Defensa Hindú, un libro que comenzó con un poema al peón, ese pequeño guerrero que se sacrifica en cada partida. Escribir sobre ajedrez me llevó a explorar no solo las piezas, sino también a grandes ajedrecistas como Karpov o Fischer. Así, un poema se convirtió en muchos, y el tablero se hizo universo.

Pero no solo escribo de ajedrez. También escribo al cosmos, a las aguas siderales. Imaginé planetas donde las lunas son de agua y los pájaros vuelan en mares celestiales. Mi libro Aguas Siderales surgió del deseo de unir el amor con lo universal. Al principio pensé llamarlo Vía Láctea, pero no quería que el lector se perdiera. Así que le di un título largo, un mapa, para que supiera que en sus páginas encontraría poesía cósmica y amor en senderos de estrellas. Escribo en silencio, escuchando el latido de las cosas. A veces los poemas me hacen trampas, como si tuvieran vida propia. Hay versos que se esconden, que desentonan, y debo escucharlos hasta encontrar el ritmo perdido. La poesía tiene su propia música, y en ella me dejo llevar. Mis influencias son muchas: Rafael Pombo, Pablo Neruda, los nadaístas. 20 poemas de amor y una canción desesperada fue mi compañero de juventud, y en cada verso de Neruda encontré una chispa para encender los míos. Pero también están las canciones, los tangos, los boleros, que llenaron mi adolescencia de emociones que luego se transformaron en palabras. No estudié en universidades, soy un autodidacta. Pero leo, leo mucho, porque sé que sin lectura no hay escritura. Para un poema leí siete veces Cuentos de la selva de Horacio Quiroga, buscando el tono perfecto. Dicen que soy un buen poeta, pero sé que es porque detrás de cada verso hay un lector incansable. No busco la gloria. Escribo porque es mi forma de existir, de dialogar con el mundo. Quiero que me recuerden como alguien que quiso que la poesía viviera, que las palabras volvieran a tocar a las personas. Porque, al final, en cada poema dejo un pedazo de mi sombra y un destello de mi luz.

“Camino entre las esquinas, cargando versos como quien lleva luz en los bolsillos; donde hay silencio, dejo palabras, donde hay sombras, siembro estrellas.”





Maestra Artesana y Tejedora: *Sonia María Acosta*

Mi nombre es Sonia María Acosta. Tengo 74 años y desde los 12 me dedico al tejido, un oficio que aprendí de mi madre y mis abuelos en la vereda La Tetilla, municipio de Popayán. Ellos tejían jigras con fique, una fibra extraída cuidadosamente de la cabuya. Recuerdo cómo mi mamá preparaba la cabuya con una maceta de madera, la lavaba hasta que quedaba blanca y luego la hilaba con una puchicanga hecha de guadua y tronco de plátano. Esa imagen quedó grabada en mi memoria y marcó mi vida. Cuando me mudé a Popayán, comencé a capacitarme para transformar lo que había aprendido. Pasé por el SENA, la Cámara de Comercio y varias instituciones que me ayudaron a perfeccionar mi técnica. De las jigras de mis ancestros evolucioné a mochilas, bolsos y cartucheras, incorporando colores, forros y cierres. Mis diseños están inspirados en la naturaleza que me rodea: los guayacanes, las flores de mayo y los siete cueros. Aunque todavía uso fique, también he integrado hilo para adaptarme a las necesidades de mis clientas.

Tejer no es solo un trabajo; es mi conexión con mis raíces y una forma de preservar las tradiciones. Esos momentos con mi mamá y mi abuela, hilando juntas, son mi mayor inspiración. Ahora, desde Popayán, transmito este arte a jóvenes y mujeres que desean aprender. En nuestra asociación, Arca Artesanos del Cauca, capacitamos a otras tejedoras. Algunas se desaniman por la dureza del fique, pero les digo que este oficio viene del corazón y que, con práctica, se pueden superar las dificultades. Los retos no han sido pocos. Muchas veces tengo que invertir en materiales antes de recibir el pago, y conseguir fibras desde lugares lejanos como Norte de Santander implica costos altos. Sin embargo,

este oficio me ha permitido educar a mis hijos, llevarlos a conocer el mar y construir recuerdos que me llenan de orgullo. Mi hijo menor me ayuda a diseñar, y el mayor, aunque vive lejos, siempre me anima a seguir adelante.

Las ferias son una parte importante de mi vida. Aunque hemos enfrentado dificultades para mantener estos espacios, las ferias son una oportunidad para compartir nuestro trabajo, aprender de otros artesanos y mostrar al mundo la riqueza cultural de Popayán. Cada vez que salgo a una feria, no solo busco vender mis productos, sino también preservar el tejido como una tradición viva. Mis planes para el futuro son claros: seguir innovando en mis diseños, atraer a más clientas y, con suerte, viajar con mi familia a San Andrés. Pero mi mayor sueño es dejar un legado. Quiero que las nuevas generaciones valoren este arte y entiendan que el tejido no es solo un oficio, sino una forma de contar historias, de mantener vivas nuestras raíces y de demostrar que, con dedicación, podemos superar cualquier desafío. Hoy, vendo mochilas, bolsos y cartucheras, elaborados con fique e hilo, con diseños que reflejan mi amor por la naturaleza y mi respeto por las tradiciones. Cada puntada es un homenaje a mi madre, a mi abuela y a todas las mujeres que, como yo, han encontrado en el tejido una forma de resistir, crear y soñar. Este es el legado que espero dejar: un hilo que conecte el pasado con el futuro y que nunca se rompa

“Tejo recuerdos de mis ancestros en cada puntada, transformando fibras en historias que unen tradición y futuro.”

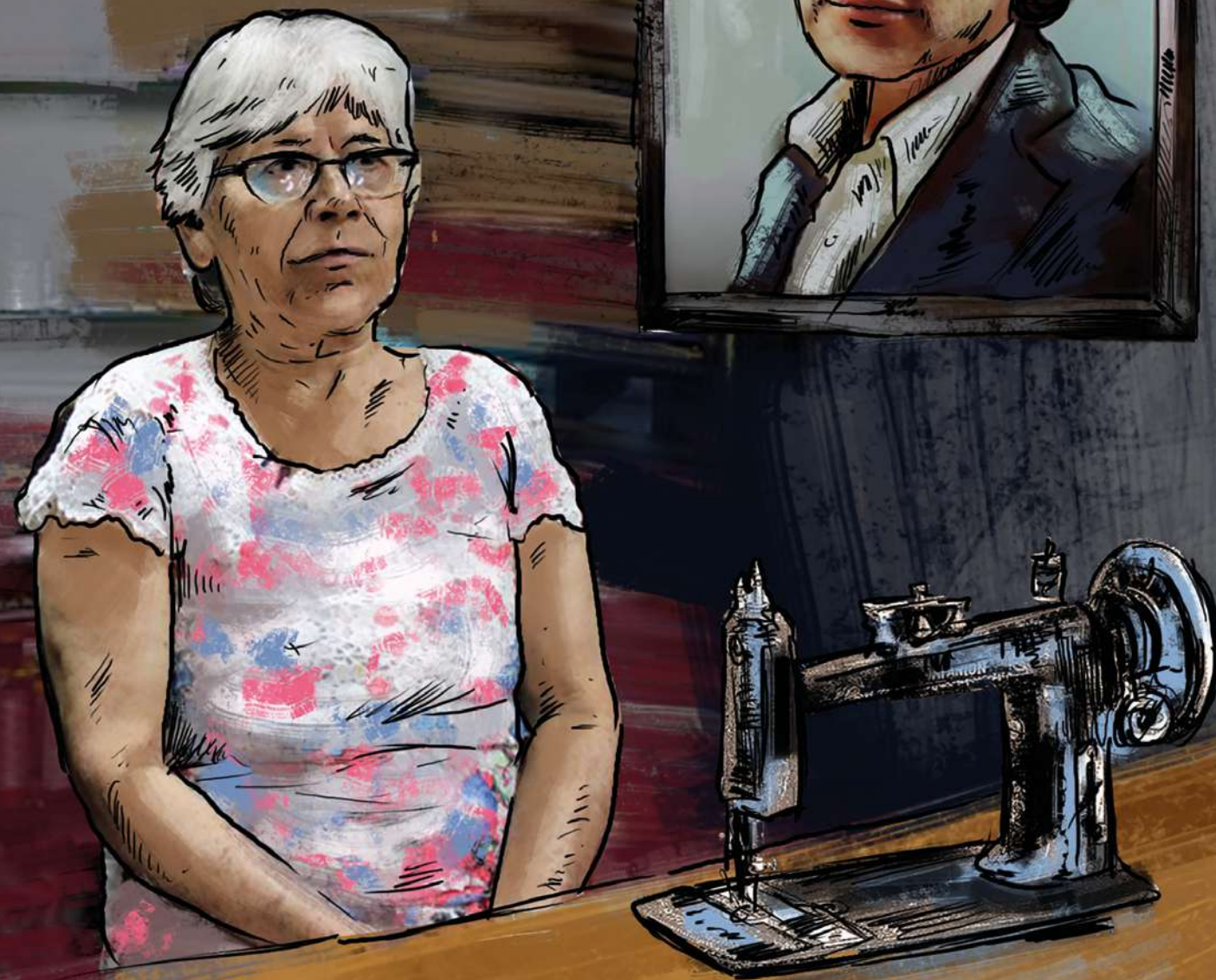
Maestros: Sastrería López

Mi nombre es María Alba Basante Mora. Tengo 74 años y mi historia está ligada a la Sastrería López, un lugar con más de 60 años de tradición en Popayán. Fue fundada por mis suegros, Rafael López y Evangelina Ordóñez, quienes llegaron desde Florencia con un sueño y mucha determinación. Él decidió mudarse a esta ciudad para estar junto a su esposa, que trabajaba en la Federación Nacional de Cafeteros. Trajeron consigo la experiencia y las herramientas de su antiguo negocio en Florencia y comenzaron de nuevo aquí. En la sastrería hacemos de todo: pantalones, camisas, leggins, trajes de gala, ropa para matrimonios. Todo empieza con nuestras máquinas, aún funcionando después de tanto tiempo. No son grandes ni modernas, pero son parte del alma de este lugar. Diseñamos artesanalmente, con una tradición que ha pasado de generación en generación. Mi esposo, Dago Alberto López Benavides, aprendió el oficio de su padre. En nuestra familia, muchos llevan la sastrería en la sangre. Hay primos y familiares que también tienen sus propios negocios en otras ciudades.

La Sastrería López es importante no solo para nosotros, sino también para el patrimonio cultural de Popayán. Es un lugar que ha visto pasar generaciones, donde los vecinos y clientes siempre han encontrado algo único. Antes, las ventas eran constantes, y el salón estaba lleno de telas, encargos y trabajadores. Hoy, todo ha cambiado. La ropa barata que llega de otras partes ha afectado las ventas, y muchos jóvenes ya no se interesan en aprender este oficio. Sentarse todo un día en una máquina no es algo que les atraiga. Pero no dejamos que las dificultades nos detengan. Si las ventas de ropa bajan, encontramos otras formas de seguir adelante. Arreglamos prendas, hacemos cortinas, manteles. La sastrería siempre ha

sido así, un arte que se adapta y sigue adelante. Recuerdo cuando el almacén estaba lleno de telas. Mi suegro pedía grandes cantidades, y durante su mejor época, esto era más que un negocio; era un centro de vida, lleno de movimiento y creatividad. Hay algo en este oficio que trasciende el dinero o el trabajo. Para mí, sentarme frente a la máquina es una forma de olvidar los problemas. Es terapéutico. Me concentro tanto en los detalles que, por un momento, todo lo demás desaparece. Dago, mi esposo, era conocido entre sus amigos como “el sastre o el desastre”. Siempre sacaban bromas de eso, pero él lo tomaba con humor. Decía que, al final, ese “desastre” mantenía la casa y la comida en la mesa. El legado de la Sastrería López es grande. Me gustaría que las nuevas generaciones lo valoraran, que entendieran el arte detrás de cada puntada, cada diseño. Este oficio tiene algo especial: conecta a las personas, une historias y tradiciones. Aunque los tiempos han cambiado, seguimos aquí, resistiendo, enseñando a quienes tienen curiosidad por aprender. Si algo quisiera dejar a quienes vienen detrás, es el ejemplo de que el trabajo artesanal tiene valor. No solo es un medio de sustento; es una forma de preservar la cultura y las raíces. En cada traje que diseñamos, hay un pedazo de historia. Mi esposo siempre decía que no importa cuánto cambien las cosas, siempre habrá alguien que busque algo hecho a mano, con cuidado y dedicación. El futuro de la sastrería está en manos de quienes quieran continuar. A veces pienso en los jóvenes que podrían aprender de esta tradición y darle un nuevo significado. Mi deseo es que este lugar siga siendo un punto de encuentro entre el pasado y el presente, una mezcla de memoria y creación que mantenga viva la esencia de la Sastrería López.

“El arte de la sastrería está en cada detalle, donde la dedicación transforma la tela en elegancia y tradición.”



Cimientos de Libertad: Historias de la independencia narradas desde la arquitectura por fuera del centro de Popayán

En los atardeceres de Popayán, el cielo se despliega como una página que ha sido tocada por un pincel de fuego. Los colores rojizos y naranjas se derraman con suavidad, como si el día escribiera su despedida en el horizonte. Las cúpulas de las iglesias parecen tocar el cielo teñido de carmesí, y las montañas que abrazan la ciudad se sumergen en sombras doradas, como si escondieran secretos antiguos que solo el sol puede revelar. Este espectáculo celestial no es solo un adorno del paisaje; es la unión de muchas voces, transportadas por el viento y plasmadas en los documentos que narran las historias de los templos, los puentes y las haciendas de Popayán. Es como si el cielo, al teñirse de esos tonos intensos, buscara recordar a quienes caminan por sus calles que, bajo estos mismos colores, se vivieron momentos de lucha, esperanza y transformación.

En un atardecer de Popayán, las haciendas se asemejan a gigantes dormidos bajo el manto de luz rojiza, mientras los ecos de antiguas batallas parecen resonar aún en los campos. Los soldados que un día lucharon por la libertad tal vez alzaron la vista hacia ese cielo ardiente, buscando en los colores del crepúsculo la fuerza para continuar. En esos tonos, que ahora parecen suaves, hubo gritos de victoria y lágrimas de sacrificio, como si el sol mismo hubiera grabado sus memorias en el aire, dejando una huella imborrable en la historia. En los reflejos del crepúsculo, el puente resplandece como si el sol acariciara sus piedras por última vez antes de desaparecer. Las aguas bajo sus arcos reflejan un caleidoscopio de luces, como si intentaran atrapar un pedazo de cielo en sus corrientes. En aquellos días pasados, los pasos apresurados y los cascos inquietos de caballos cruzaron sobre sus piedras, llevando consigo esperanzas, temores y mensajes que definieron destinos. El sol, siempre presente, los seguía, testigo silencioso de su andar.

En los templos, donde las sombras de los árboles se alargan y parecen inclinarse para despedir al día, los colores cálidos envuelven las viejas paredes, transformándolas en portales hacia otras épocas. Bajo esos cielos ardientes, se trazaron estrategias, se hicieron promesas y silencios cargados de incertidumbre hablaron más que las palabras. Los tonos anaranjados e intensos murmuraban lo efímero de las ambiciones, recordando que hasta las disputas más fieras se disuelven con el tiempo, como el sol que inevitablemente se hunde en el horizonte. Las casas y los lugares de batalla cobran vida bajo la luz cambiante; sus piedras y campos, impregnados de historia, cuentan sus propios relatos. En cada rincón donde la luz se filtra, hay una resonancia de aquellos que vivieron, lucharon y soñaron bajo el mismo cielo teñido de fuego. Popayán, con sus atardeceres, no solo pinta de colores su paisaje; también invita a imaginar las vidas y sacrificios que el tiempo ha velado en su memoria. Popayán, con sus atardeceres, no solo ofrece belleza a quienes alzan la vista; regala una oportunidad de imaginar. Cada rincón, cada hacienda y cada templo parece despertar bajo esa luz mágica, como si el día no terminara, sino que comenzara a contar una historia distinta. Una historia que vive en las piedras, en las campanas que aún suenan y en los corazones de quienes saben escuchar lo que el crepúsculo quiere decir.



Hacienda Yambitará

En un rincón cercano al antiguo Camino Real del Cauca, la Hacienda Yambitará permanece en pie, como un susurro atrapado en el tiempo. Sus muros, desgastados pero firmes, y su entorno apacible cuentan historias de lucha y esperanza. Este lugar, envuelto en el misterio, guarda ecos de un pasado vibrante que, aunque distante, sigue vivo en las piedras y en el aire que lo rodea (Castrillón et al., 2023).

Levantada en el siglo XVII como parte del sector de Calibío, Yambitará fue una de las encomiendas entregadas a Francisco Ventura de Belalcázar, bisnieto del célebre conquistador Sebastián de Belalcázar. Las encomiendas, concebidas como un sistema de evangelización y protección, terminaron convirtiéndose en un instrumento de explotación y despojo para las comunidades indígenas, reflejando las profundas desigualdades del período colonial (Colmenares, 1979; Díaz, 1983).

Con el inicio del movimiento independentista en 1810, la hacienda experimentó una transformación significativa. En esta época se convirtió en la residencia de Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla, el último obispo español de Popayán. Salvador, nacido en Málaga, España, llegó al Nuevo Reino de Granada en 1818. Hombre de inmensa erudición, con títulos en teología y derecho, asumió su misión en un contexto marcado por las tensiones entre realistas y patriotas (Arboleda, 1926; Arroyo, 1955).

Durante la guerra de Independencia, Yambitará se convirtió en un punto estratégico para los bandos enfrentados. Inicialmente leal al Rey, Salvador Jiménez enfrentó presiones y dilemas políticos. Sin embargo, tras los avances de las

tropas patriotas y sus encuentros con Bolívar, optó por una postura conciliadora, utilizando su influencia para promover la reconciliación en la región (Castrillón, 1986).

Más allá de ser un centro de tensiones, la hacienda se transformó en un refugio espiritual. Sus recursos, como las minas de barro utilizadas para fabricar tejas, sostenían la vida material de la región. La portada de piedra y ladrillo de Yambitará, junto con los chorros de agua que brotaban de las lomas cercanas, simbolizaban la armonía entre el ingenio humano y la naturaleza. Este espacio se convirtió en un lugar donde lo terrenal y lo sublime se entrelazaban (Díaz, 1983).

La vida de Salvador Jiménez concluyó el 13 de febrero de 1841 en Popayán. Con su partida, Yambitará inició una lenta metamorfosis. Sus tierras, divididas y vendidas, señalaron el fin de su grandeza original. Sin embargo, la hacienda no perdió su esencia. Los ecos de resistencia, fe y valentía que definieron su historia permanecen impregnados en cada rincón, convirtiéndola en un símbolo indeleble de una época de cambio y esperanza (Aragón, 1940; Castrillón et al., 2023).

Ubicación: Calle 35 N, N° 5-34

Datación: Aproximadamente siglo XVII

Templo de La Jimena

En la antigua carretera al río Cauca, donde alguna vez estuvo la Hacienda Yambitará, se encuentra el Templo de La Jimena, un lugar que parece guardar en sus muros los ecos de generaciones pasadas. Oficialmente llamado San Salvador de La Jimena, este templo rinde homenaje a Salvador Jiménez de Enciso, el último obispo español de Popayán. Fue él quien, en tiempos difíciles tras la Independencia, soñó con crear un espacio donde las comunidades pudieran reencontrarse con su fe y hallar esperanza (Aragón, 1940; Arboleda, 1926).

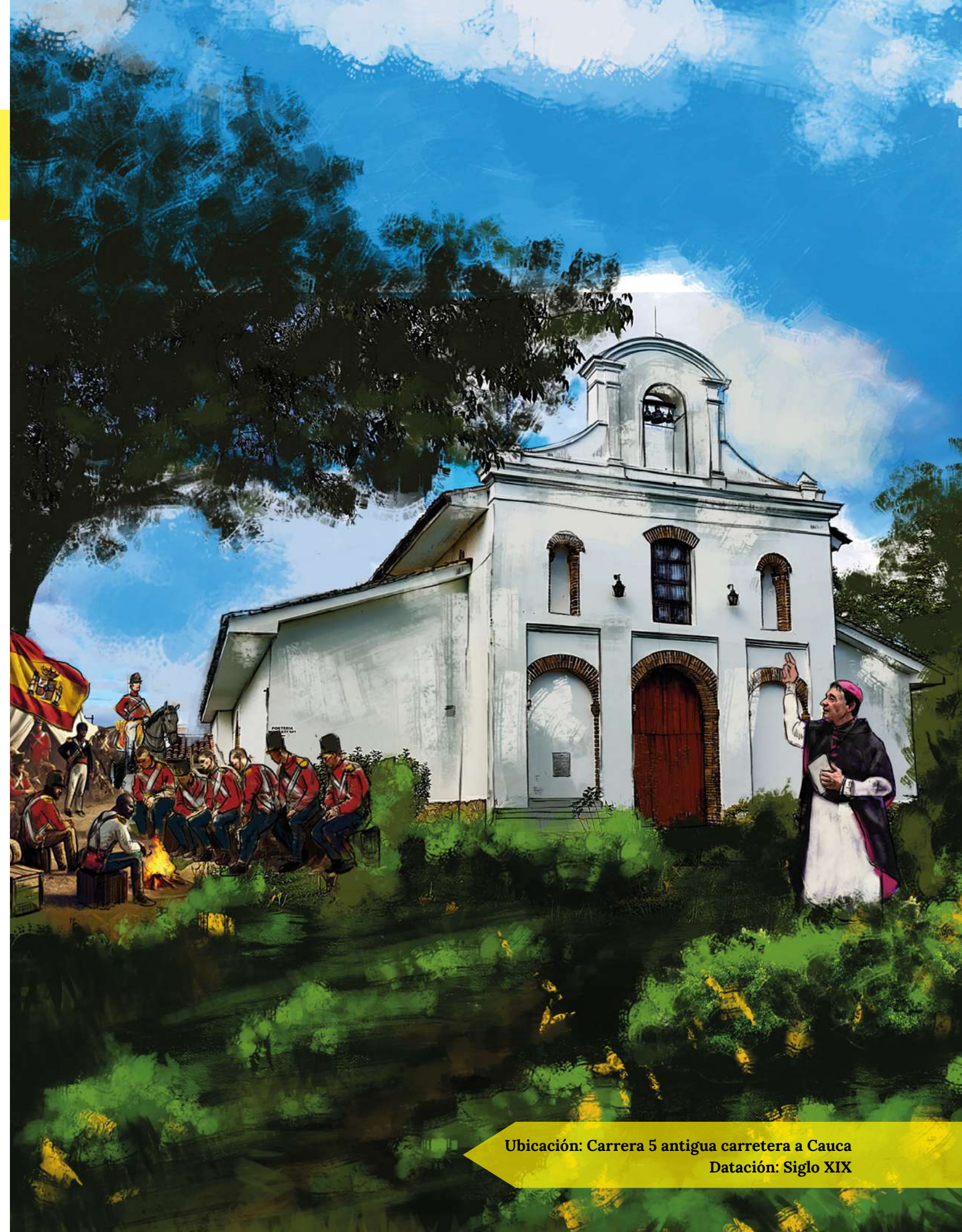
La historia del templo comienza con los vecinos de Pisojé, devotos de la Virgen de las Mercedes, quienes perdieron su capilla cuando fue ocupada por tropas militares. Desconsolados, buscaban un lugar seguro para continuar sus tradiciones. Salvador Jiménez de Enciso, convencido por Simón Bolívar de permanecer en su diócesis, decidió construir un templo que uniera a las personas y simbolizara reconciliación y fortaleza. Así, en 1825, comenzó la construcción de este refugio espiritual (Arroyo, 1955).

Desde sus inicios, el templo estuvo rodeado de un cementerio, como si quisiera recordar a quienes caminaron por estas tierras antes de la República. En 1863, alcanzó el estatus de parroquia y se convirtió en un importante centro espiritual. Aunque más tarde fue anexado a la parroquia de Julumito, su importancia nunca se desvaneció, pues lo que lo hace único son los tesoros que resguarda (Castrillón, 1986).

Entre sus piezas más preciadas están las imágenes del Amo Jesús y la Virgen de las Mercedes, trasladadas desde la desaparecida Capilla de Santa Bárbara, en la Hacienda Pisojé. La Virgen de las Mercedes, conocida como la protectora

de los cautivos, tiene una historia que remonta al siglo XIII en España. Se cuenta que inspiró la creación de la Orden de la Merced, dedicada a liberar prisioneros. En el Cauca, su festividad se convirtió en una celebración llena de devoción y agradecimiento, donde las comunidades se unían en procesiones y oraciones. Por su parte, el Amo Jesús, con su expresión serena, ha sido un pilar de fortaleza para quienes enfrentan momentos de dificultad (Arboleda, 1926; Castrillón, 1986).

El templo también guarda un relicario especial, que contiene fragmentos de los huesos de San Francisco de Asís y Santa Clara de Asís, dos santos cuya vida fue un ejemplo de amor y humildad. San Francisco, conocido por su conexión con la naturaleza, predicó el respeto por todas las criaturas como parte de una creación divina. Santa Clara, su amiga cercana, dedicó su vida a la oración y fundó la orden de las Clarisas, dejando un legado de servicio y bondad. Estas reliquias no son simples objetos, sino puentes que conectan lo humano con lo espiritual, transformando el templo en un lugar donde el cielo y la tierra parecen encontrarse (Arroyo, 1955; Aragón, 1940).



Ubicación: Carrera 5 antigua carretera a Cauca
Datación: Siglo XIX



Casa de Francisco Antonio de Ulloa

En el corazón de Popayán, una fachada de piedra tallada en cantera guarda secretos de una época de valentía y sueños de libertad. Es lo que queda de la Casa de Francisco Antonio de Ulloa, una edificación que, aunque hoy solo conserva su portal imponente, nos conecta con un pasado lleno de ideales y sacrificios. Construida originalmente por don Juan Francisco Jiménez de Ulloa a finales del siglo XVIII, esta casa reflejaba la grandeza de su tiempo con una arquitectura sólida, hecha para perdurar (Aragón, 1940). En la década de 1930, el doctor Manuel Caicedo, entonces propietario, dividió la casa, alterando su estructura original. A pesar de los cambios, la fachada ha sobrevivido como un recordatorio de un capítulo crucial en la historia de Colombia. Sus piedras parecen susurrar los nombres de quienes vivieron y lucharon entre sus muros, especialmente el de Francisco Antonio de Ulloa, un héroe que dejó una huella imborrable en la lucha por la independencia (Arboleda, 1926).

Francisco Antonio de Ulloa nació en Popayán el 14 de noviembre de 1788. Desde joven, mostró su compromiso con la causa patriótica. Colaboró con Francisco José de Caldas en el Semanario del Nuevo Reino de Granada, donde publicó un influyente ensayo sobre cómo “el clima influía en la educación física y moral de los habitantes de estas tierras”. Su capacidad intelectual y su dedicación lo convirtieron en una figura clave de los primeros movimientos independentistas (Arroyo, 1955). En 1809, Ulloa regresó a Popayán y se unió a los esfuerzos revolucionarios. Fue nombrado Secretario de la Junta Provisional de Seguridad, creada el 11 de agosto de 1810, y desempeñó un papel importante en la organización de la Primera República. Su camino lo llevó a Cali, donde apoyó los esfuerzos de Joa-

quín de Cayzedo y Cuero, y más tarde acompañó la expedición de Antonio Baraya de regreso a Popayán. Sin embargo, la derrota en la ciudad lo obligó a huir hacia Antioquia, donde trabajó como Secretario de Guerra bajo las órdenes del dictador Juan del Corral. Allí, también colaboró con Caldas en la creación de la Academia de Ingenieros (Arboleda, 1926).

La vida de Ulloa fue un reflejo de su lealtad y sacrificio por la independencia. En 1816, tras la derrota de las fuerzas patriotas en la batalla de La Cuchilla del Tambo, fue capturado en la hacienda Paispamba por el guerrillero patiano Simón Muñoz y entregado al ejército realista liderado por el brigadier Juan Sámano. Ulloa fue trasladado a Bogotá junto a otros próceres, como Camilo Torres y Francisco José de Caldas, donde enfrentó un consejo de guerra. El 29 de octubre de 1816, fue fusilado junto a otros mártires de la independencia (Aragón, 1940). Hoy, la fachada de la casa de Ulloa es mucho más que una construcción antigua. La piedra tallada parece guardar los ecos de una época en la que hombres y mujeres se alzaron contra la opresión, soñando con una Colombia libre. Es un recordatorio tangible de los sacrificios realizados por quienes lucharon por un ideal, como Francisco Antonio de Ulloa, quien entregó su vida para construir un futuro mejor. Aunque no es un museo y no tiene horarios de visita, la fachada de esta casa continúa atrayendo a quienes buscan reconectarse con el pasado. Es un lugar donde la historia permanece viva, un símbolo silencioso de la fortaleza y el espíritu indomable de aquellos que forjaron la independencia.

Ubicación: Calle 3ª N° 4-44

Datación: Finales del siglo XVIII

Hacienda Calibío

En las noches silenciosas de Popayán, parece que los campos de la Hacienda Calibío aún susurran los ecos de las batallas que marcaron la lucha por la independencia. Este histórico lugar, ubicado a 7 kilómetros al norte de la ciudad, fue mucho más que una hacienda agrícola; se convirtió en un testigo mudo de tragedias personales y momentos cruciales que definieron el destino de Colombia. Su historia comenzó el 1.º de julio de 1580, cuando el capitán Lorenzo de Paz Maldonado recibió estas tierras como recompensa por sus servicios al rey (Díaz, 1983). Sin embargo, el inicio de Calibío estuvo marcado por la tragedia. En 1591, Lorenzo, cegado por los celos, asesinó a su esposa, Catalina de Belalcázar, nieta del conquistador Sebastián de Belalcázar, y a Francisco García de Tobar, a quien sospechaba de ser su amante. Este doble crimen llevó a Lorenzo a enfrentar un juicio severo, perdiendo gran parte de sus bienes y quedando condenado inicialmente a la pena de muerte. Aunque logró apelar la sentencia, este oscuro episodio dejó una marca imborrable en la historia de la hacienda (Arroyo, 1955). Con el tiempo, la hacienda pasó por varias manos, expandiéndose y consolidándose como un centro de poder en la región. En 1799, José Marcelino de Mosquera construyó la majestuosa Casa Fuerte de Calibío, símbolo de la riqueza y la influencia de su familia. A su vez, la capilla, terminada en 1801, no solo representaba un logro arquitectónico, sino que también preparaba a Calibío para un papel crucial en los años venideros (Aragón, 1940; Castrillón et al., 2023).

El 15 de enero de 1814, la Hacienda Calibío se convirtió en el epicentro de una de las batallas más decisivas de la independencia. Antonio Nariño lideró a las tropas patriotas contra los re-

alistas comandados por Juan Sámano e Ignacio Asín. Durante la madrugada, el estruendo de los cañones y el choque de fusiles llenaron el aire. La batalla fue feroz, pero los patriotas lograron capturar a 300 soldados realistas, sellando una victoria que fortaleció el movimiento independentista. Entre los combatientes destacó José Rafael Mosquera, hijo del propietario de la hacienda, quien más tarde se convertiría en una figura clave en la política y educación de Colombia (Colmenares, 1979). En 1821, durante una nueva ofensiva realista, Calibío volvió a jugar un papel estratégico. Las tropas patriotas utilizaron la hacienda como base, enfrentando recursos limitados y constantes amenazas. Fue solo con la llegada de Simón Bolívar en diciembre que la región fue finalmente liberada. En este contexto, María Josefa Hurtado y Arboleda, viuda de José Marcelino de Mosquera, se convirtió en una aliada clave, destacándose por su valentía y compromiso con la causa patriota (Díaz, 1983). En 1826, Calibío vivió un momento de celebración. Simón Bolívar, tras sus triunfos en Perú, fue recibido con un banquete en la Casa Fuerte. Bajo su techo, Bolívar compartió sus planes para las nuevas repúblicas, dejando en la hacienda un mensaje de esperanza y unidad. Este evento consolidó a Calibío como un símbolo de la resistencia y los sueños de libertad de la región (Castrillón et al., 2023). Entre 1580 y 1826, la Hacienda Calibío evolucionó de un terreno agrícola a un escenario de historias heroicas. Sus tierras presenciaron tragedias personales, enfrentamientos decisivos y momentos de esperanza que marcaron la independencia de Colombia. Hoy, aunque su esplendor haya menguado, Calibío sigue siendo un recordatorio vivo de los sacrificios y el valor de quienes lucharon por un ideal de libertad (Aragón, 1940; Colmenares, 1979).



Ubicación: Noroeste de Popayán,
vía "La Variante".
Datación: Siglo XVI



Hacienda La Ladera

En el sur de Popayán, la Hacienda La Ladera guarda historias de gloria, tensiones y transformaciones que marcaron la historia de Colombia. El 26 de noviembre de 1828, fue el escenario de un enfrentamiento entre José María Obando y Tomás Cipriano de Mosquera, dos caudillos que lucharían por definir el rumbo del nascente país. Aquella noche, entre el eco de pasos y murmullos en sus pasillos, la hacienda quedó grabada en la memoria como el "Campo de la Constitución," un nombre dado por Obando para simbolizar su compromiso con los principios republicanos (Aragón, 1940). Sin embargo, su historia empezó mucho antes, cuando estas tierras eran sinónimo de poder y riqueza.

Fundada en 1680 como parte de una encomienda, La Ladera perteneció a Diego Nieto Polo de Salazar, quien utilizó sus fértiles terrenos para ascender socialmente. En el siglo XVIII, bajo la propiedad de Manuel Antonio Fuertes de Castrillón, la hacienda se convirtió en un símbolo de la aristocracia local, con una majestuosa casa principal y una fuente de piedra que aún sobrevive como vestigio de su grandeza (Castrillón, 1986). La hacienda también fue un punto de encuentro social y político. Un baile en 1769, marcado por un amor imposible entre Pedro de Lemos y Dionisia de Mosquera, se convirtió en leyenda, anticipando los conflictos que definirían su destino en los años venideros (Arboleda, 1926). Con el inicio de la independencia en 1810, La Ladera se transformó de un lugar apacible a un epicentro estratégico. El 27 de abril de 1812 se produjo la Batalla de La Ladera, la cual marcó un punto crucial en la resistencia patriota. José María Cabal y el escocés Alejandro Macaulay lideraron a 300 hombres contra más de 1500 soldados realistas, logrando una victoria que evitó

la caída de Popayán en manos enemigas. Este triunfo, alcanzado con valentía y estrategia, consolidó la hacienda como símbolo de la lucha por la libertad (Arboleda, 1956).

A pesar de la independencia, las tensiones continuaron. En 1828, Obando y Mosquera, representando facciones opuestas, se enfrentaron nuevamente en La Ladera. Aunque superado en número, Obando utilizó el conocimiento del terreno para derrotar a Mosquera, reafirmando los valores constitucionales. Sin embargo, este triunfo no trajo la paz. Los constantes enfrentamientos dejaron a la hacienda agotada, sus recursos mermados y sus habitantes en una situación precaria (Castrillón, 1986). En los años posteriores, La Ladera siguió siendo un espacio clave para la reconciliación y el cambio. En 1830, Simón Bolívar ordenó que la hacienda fuera devuelta a Manuel José Castrillón como un gesto de justicia. Con el tiempo, la hacienda pasó de ser un campo de batalla a un lugar dedicado a la educación. En 1936, fue adquirida por el Estado colombiano y convertida en la Normal Rural de Mujeres. Décadas después, se transformó en la Escuela Normal Superior de Señoritas y, en 2005, en la Institución Educativa Antonio García Paredes, un espacio para la formación integral de jóvenes (Castrillón Muñoz et al., 2023). Hoy, La Ladera es más que un sitio histórico. Es un puente entre el pasado y el presente, donde los ecos de batallas y debates políticos resuenan en los pasillos de una institución dedicada a la enseñanza. Los estudiantes que transitan por sus corredores, quizás sin conocer todos los detalles de su historia, son parte de un legado de valentía, resistencia y transformación que aún vive en cada piedra y rincón de la antigua hacienda.

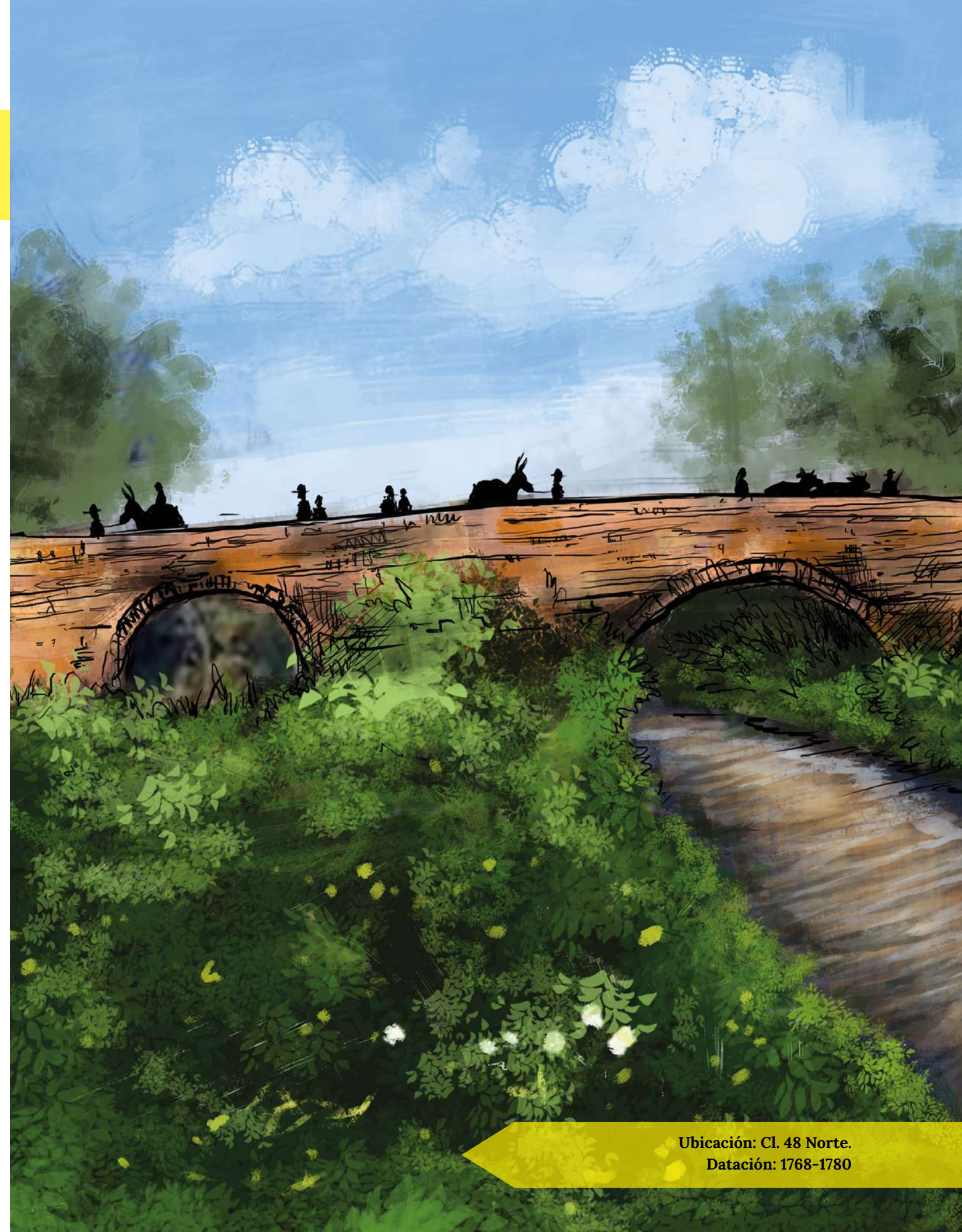
Ubicación: La Ladera, La Casona,
cl. 17 #12-40. A la salida al sur de Popayán.
Datación: Siglo XVI

Puente del Alto Cauca (Puente Del Viejo Cauca)

En el corazón del Cauca, el Puente del Alto Cauca se erige como un símbolo de la ingeniería colonial y de los eventos históricos que moldearon la independencia de Colombia. Construido entre 1768 y 1780 bajo la dirección del fraile franciscano Simón Schenherr y siguiendo los planos del ingeniero Antonio de Arévalo, este puente de piedra mide 120 metros de largo y 25 metros de alto, dominando el río Cauca a 500 metros de la actual vía Panamericana (Arboleda, 1926). Su solidez y funcionalidad lo convirtieron en un eje clave para el comercio, la comunicación y, más tarde, la lucha por la libertad. Desde su construcción, el puente desempeñó un papel fundamental en la economía local, permitiendo el transporte de mercancías agrícolas hacia los mercados de Popayán y otras regiones. Sin embargo, más allá de su función práctica, el Puente del Alto Cauca se transformó en un escenario estratégico durante las luchas de independencia. Su ubicación marcaba la entrada norte a Popayán, lo que lo convirtió en un punto crucial para ambos bandos en el conflicto entre patriotas y realistas (Arroyo, 1955). En marzo de 1811, el general español Miguel Tacón y Rosique utilizó el puente como base para planear la batalla del Bajo Palacé, que buscaba asegurar el control sobre Popayán (Aragón, 1940). Poco después, en junio de ese mismo año, tropas realistas intentaron capturar el puente como parte de su ofensiva contra la ciudad. Sin embargo, las fuerzas patriotas, pese a su desventaja numérica, lograron defenderlo, demostrando la valentía y determinación de quienes luchaban por la independencia (Castrillón, 1986). En 1813, el general Juan Sámano tomó el puente durante su avance hacia el interior del Cauca, consolidando el dominio realista sobre la región. No obstante, en 1814, las tropas lideradas por Antonio Nariño

recuperaron el control del puente tras victorias en las batallas del Alto Palacé y Calibío. Durante dos meses, Nariño utilizó el puente como base militar estratégica para planear su campaña hacia Pasto, reafirmando su importancia en los esfuerzos por liberar el sur del país (Arboleda, 1926).

La construcción del Puente del Alto Cauca fue posible gracias al esfuerzo colectivo de los habitantes de Popayán. Dos ciudadanos notables adelantaron 60,000 pesos sin intereses para financiar la obra, bajo la condición de que los ingresos del peaje fueran administrados por el Cabildo local. Este modelo permitió que el puente no solo conectara físicamente a la región, sino que también generara recursos para su mantenimiento y el de otros caminos de importancia estratégica (Aragón, 1940). La relevancia del puente trascendió incluso a las observaciones de visitantes internacionales. En 1801, el célebre naturalista Alexander von Humboldt lo comparó con las grandes obras de Europa, elogiando su solidez y capacidad para superar los desafíos del terreno montañoso del Cauca. Aunque notó la falta de la curvatura típica de los puentes europeos, destacó su funcionalidad en un territorio tan exigente (Castrillón, 1986). Hoy conocido como el Puente Viejo, este monumento histórico sigue siendo un recordatorio tangible de la creatividad, la colaboración y la resiliencia de quienes lo construyeron y defendieron. Cada una de sus piedras guarda ecos de los enfrentamientos, sacrificios y sueños que marcaron su historia. Más que un cruce sobre el río Cauca, el puente es un símbolo del espíritu de libertad que animó a generaciones pasadas y que sigue vivo en el legado de la región.



Ubicación: Cl. 48 Norte.
Datación: 1768-1780

Obelisco Conmemorativo de La Batalla del Bajo Palacé



En las montañas y valles del suroccidente colombiano, las batallas de Bajo y Alto Palacé escribieron uno de los capítulos de la independencia de la Nueva Granada más memorables. Estos enfrentamientos, llenos de coraje y sacrificio, marcaron un cambio decisivo en la lucha contra el dominio colonial. Bajo Palacé, el escenario de la primera gran victoria patriota, y Alto Palacé, donde se consolidaron los ideales independentistas, se convirtieron en símbolos de resistencia y esperanza para un pueblo que soñaba con la libertad (Arboleda, 1926; Castrillón, 1986). El 28 de marzo de 1811, en el Bajo Palacé, cerca de Cajibío, el coronel Antonio Baraya lideró a las tropas patriotas de Cundinamarca y el Valle del Cauca contra el ejército realista comandado por el Gobernador de Popayán. Este triunfo, logrado con valentía y determinación, debilitó la autoridad colonial en la región. La placa del obelisco conmemorativo, erigido en 1969, honra este hecho con las palabras: “Aquí en este sitio del Bajo Palacé el 28 de marzo de 1811 se libró la primera batalla de nuestra Independencia. Las fuerzas patriotas de Cundinamarca y del Valle del Cauca al mando del Coronel Antonio Baraya derrotaron a las fuerzas realistas dirigidas por el Gobernador de Popayán, que trataban de sofocar el anhelo de libertad del pueblo Granadino” (Arroyo, 1955). A pesar de las limitaciones de recursos y armamento, los patriotas demostraron que la lucha por la libertad era posible. La victoria en Bajo Palacé no solo consolidó el movimiento independentista en el suroccidente, sino que también fortaleció la moral de los insurgentes, quienes estaban dispuestos a enfrentar a un enemigo mejor armado y organizado (Colmenares, 1979). Dos años después, en diciembre de 1813, el Alto Palacé fue testigo de otra victoria clave. Bajo el mando del general

Antonio Nariño, el Ejército de la Unión enfrentó a las tropas realistas lideradas por Juan Sámano.

El 31 de diciembre, tras cruzar el río, las fuerzas patriotas lograron una victoria significativa a pesar de estar en desventaja numérica. Gracias al coraje del batallón Cazadores, Sámano se vio obligado a retirarse hacia Popayán, dejando el campo de batalla en manos de los insurgentes (Aragón, 1940; Castrillón, 1986). Tras la victoria en el Alto Palacé, Nariño tomó control de Popayán, reorganizó el gobierno e instauró un cabildo republicano. Estas acciones aseguraron el dominio patriota sobre la región y permitieron planificar nuevas campañas militares. José María Mosquera fue nombrado Gobernador y el Dr. Santiago Pérez asumió como Teniente Gobernador y Asesor, fortaleciendo la estructura republicana en el Cauca (Arboleda, 1926; Arroyo, 1955). Las batallas de Bajo y Alto Palacé son recordadas como hitos de valentía y resistencia. Representan el esfuerzo de un pueblo que, enfrentando grandes adversidades, luchó por romper las cadenas del dominio colonial. Estos triunfos no solo encendieron la llama de la independencia, sino que también inspiraron a las generaciones futuras a continuar la construcción de una nación libre y soberana. Hoy, el obelisco del Bajo Palacé y los relatos de la victoria en el Alto Palacé permanecen como testigos de estos momentos históricos. Los campos donde se libraron estas batallas siguen resonando con los ecos de la lucha, recordándonos que la libertad fue un sueño alcanzado gracias al sacrificio y la determinación de muchos. En estas tierras, el espíritu de independencia vive como un legado que inspira a quienes aún transitan sus caminos (Castrillón, 1986; Aragón, 1940).

Ubicación: Al norte de la ciudad de Popayán.
Datación: Siglo XX.

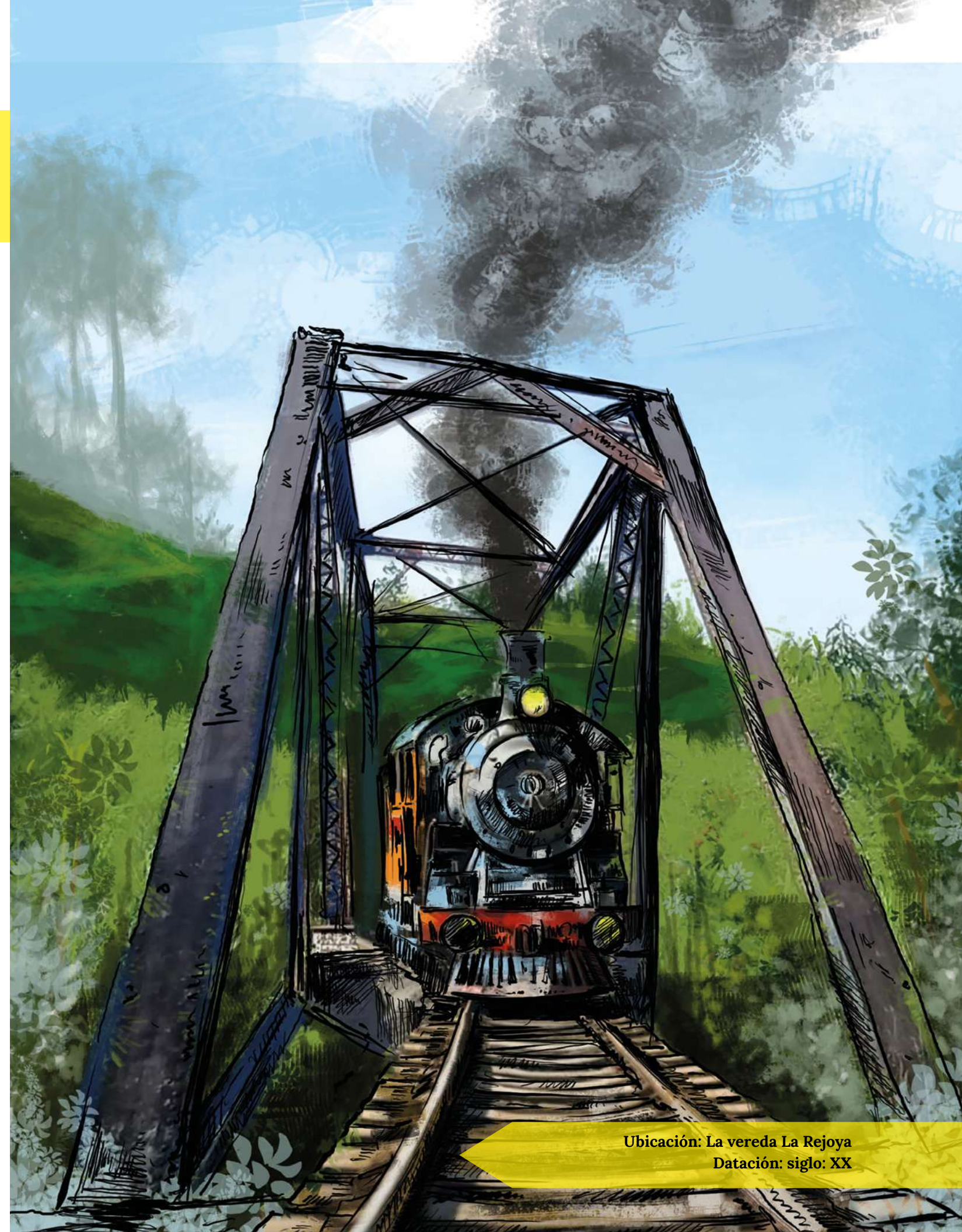
Otras historias/otras memorias

El Puente del Antiguo Ferrocarril del Pacífico

Cuando los primeros trenes llegaron a Colombia, se encendió una chispa que transformaría al país. Como gigantes de hierro avanzando entre montañas y valles, estas máquinas humeantes simbolizaban una nueva era. En 1872, mientras el Ferrocarril de Panamá revolucionaba el transporte en el continente, Colombia comenzó a diseñar sus propias líneas ferroviarias, buscando superar su desafiante geografía (Banrepcultural.org, s.f.). El Ferrocarril del Pacífico fue uno de los proyectos más ambiciosos, planeado para conectar el interior del país con el puerto de Buenaventura, abriendo nuevas rutas comerciales y culturales (Arboleda, 1926). En el Cauca, con su imponente geografía, el ferrocarril marcó un antes y un después. Décadas después de la llegada de los primeros trenes, los rieles comenzaron a extenderse hacia el suroccidente colombiano. Cada tramo conectaba comunidades aisladas, transportando café, azúcar y otros productos agrícolas, mientras unía las historias y sueños de quienes vivían en las regiones más apartadas (Cvisaacs.univalle.edu.co, s.f.). En este contexto, el Puente del Antiguo Ferrocarril del Pacífico, ubicado en la vereda La Rejoja, se convirtió en un símbolo del impacto del tren en la región. Construido en el siglo XX, su estructura de hierro y concreto desafió la geografía montañosa del Cauca, conectando a Popayán con el resto del país. Este puente no solo soportó las pesadas locomotoras que transportaban mercancías y pasajeros, sino que también resistió el paso del tiempo, convirtiéndose en un emblema de la conexión entre lo local y lo global (Castriellón, 1986).

El Ferrocarril del Pacífico, cuya construcción comenzó en 1878 con el tramo Buenaventura-Cór-

doba, avanzó lentamente debido a problemas políticos, económicos y geográficos. A pesar de los desafíos, el proyecto llegó a Cali en 1915 y a Popayán en 1925, consolidándose como una de las redes ferroviarias más extensas y significativas del país. Durante su apogeo, el ferrocarril fue vital para la exportación de café y azúcar, así como para conectar comunidades rurales con centros urbanos. Sin embargo, enfrentó la competencia del transporte automotor y el deterioro de su infraestructura, lo que marcó su declive a mediados del siglo XX (Arroyo, 1955). El puente de La Rejoja, con sus rieles y remaches, sigue siendo un testigo del ingenio y el esfuerzo colectivo que hicieron posible el ferrocarril en el Cauca. Aunque ya no está en uso, el puente continúa contando historias de los días en que las locomotoras cruzaban sus rieles, llevando consigo la promesa de un futuro más conectado y próspero (Aragón, 1940). En países desarrollados, los ferrocarriles siguen siendo esenciales por su sostenibilidad y eficiencia. El puente de La Rejoja simboliza el legado del Ferrocarril del Pacífico, conectando pasado y presente. Inspira a reflexionar sobre sistemas de transporte sostenibles y a valorar su historia. Como espacio de memoria, enseña a nuevas generaciones el impacto del tren en el desarrollo y la resiliencia de las comunidades colombianas.



Ubicación: La vereda La Rejoja
Datación: siglo: XX



Capilla doctrinera de Poblazón
Ubicación: Vereda Poblazón
Datación: Siglo XVIII



Capilla doctrinera de San Isidro
Ubicación: Vereda San Isidro
Datación: finales del Siglo XIX

Capillas Doctrineras de Poblazón y San Isidro

En las montañas de Popayán, donde los caminos serpentean entre valles y cumbres, dos capillas narran historias de fe, resistencia y comunidad. La Capilla doctrinera de Poblazón, del siglo XVIII, y la Capilla de San Isidro, erigida a finales del siglo XIX, son testigos de la fusión entre las culturas indígena y española, espacios donde se tejieron las complejas dinámicas sociales, económicas y espirituales de la época colonial y republicana. La Capilla doctrinera de Poblazón, dedicada a San Isidro Labrador, santo patrono de los agricultores fue el corazón de los pueblos de indios. En sus muros de piedra, tallados con esmero, resuenan las voces de las comunidades

indígenas que, a pesar de la imposición colonial, dejaron su impronta en los detalles arquitectónicos, fusionando materiales locales y técnicas españolas. Allí, niños aprendían la doctrina cristiana, mientras las fiestas patronales llenaban el lugar de música y danzas que mezclaban tradiciones indígenas y europeas. Este espacio no solo era un templo, sino también un centro de encuentro y resistencia cultural, donde las tradiciones indígenas encontraron formas de sobrevivir y adaptarse (Castrillón, 1986; Arboleda, 1926; Aragón, 1940).

A finales del siglo XIX, en la vereda San Isidro,

surgió otra capilla que reflejaba el fervor religioso de la comunidad. Construida en 1901 con piedra de cantera local, la Capilla de San Isidro fue un esfuerzo colectivo liderado por el hacendado Ignacio Muñoz Córdoba, cuya relación con las comunidades indígenas estuvo marcada por conflictos territoriales. La figura de San Isidro, un santo cercano a la vida campesina representaba para estas comunidades un símbolo de esperanza y devoción. Aunque sencilla, la capilla se erigió como un ícono de la identidad rural del Cauca, conectando a sus habitantes con la tierra que trabajaban y con el cielo al que rezaban (Castrillón Muñoz et al., 2023; Aragón, 1940; Arroyo, 1955).

Ambas capillas son ejemplos vivos del encuentro entre lo indígena y lo español, de la resistencia

frente a las imposiciones y de la capacidad de las comunidades para transformar las adversidades en espacios de fe y convivencia. Sus muros guardan historias de quienes las construyeron y habitaron, recordándonos la importancia de preservar este patrimonio cultural. Hoy, al caminar por sus pasillos y contemplar sus detalles, es imposible no sentir el eco de las generaciones que, con esfuerzo y esperanza, dejaron su huella en estas tierras. Estas capillas, más que estructuras arquitectónicas, son puentes entre el pasado y el presente, recordatorios de que en la fusión de culturas se encuentran las raíces de nuestra identidad compartida (Castrillón, 1986; Arboleda, 1926).

Bibliografía

- Aragón, A. (1940). *Fastos payaneses, 1536-1936* (Vols. 1-2). Bogotá: Imprenta Nacional.
- Arboleda, G. (1926). *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca* (2.ª ed.). Popayán: Arboleda.
- Arroyo, J. (1955). *Historia de la gobernación de Popayán: Seguida de la cronología de los gobernadores durante la dominación española* (2.ª ed., Vols. 1-2). Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.
- Castrillón, D. (1986). *Muros de Papel*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Castrillón Muñoz, A. J., Velásquez López, M. C., & Manrique, M. A. (2023). *Haciendas coloniales en el Cauca*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Colmenares, G. (1979). *Historia económica y social de Colombia: Popayán, una sociedad esclavista, 1680-1800* (Tomo II). Bogotá: La Carreta.
- Díaz, Z. (1983). *Guerra y economía en las haciendas: Popayán, 1780-1830*. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.
- Consulta en páginas web:
- Banrepcultural.org. (s.f.). *Ferrocarril del Pacífico*. Recuperado de https://www.banrepcultural.org/ferrocarriles/secciones/ferrocarril_pacifico.htm
- Cvisaacs.univalle.edu.co. (s.f.). *Historia del Valle del Cauca: El Ferrocarril del Pacífico*. Recuperado de <https://cvisaacs.univalle.edu.co/historia-del-valle-del-cauca/el-ferrocarril-del-pacifico/>



Ganador



POPAYÁN



SECRETARÍA DE CULTURA



FUNDACIÓN UNIVERSITARIA DE POPAYÁN

